

José David ORTEGA RUEDA

Toynbee revisado:
el Estudio de la Historia y el futuro de Occidente

*Trabajo de Final de Carrera
dirigido por
Javier BARRAYCOA MARTÍNEZ*

*Universidad Abat Oliba CEU
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
Licenciatura en Derecho*

2011

Memento mori

Resumen

La razón de ser de la presente investigación es contestar a una pregunta tan sugestiva como inquietante: ¿nuestra civilización, el mundo occidental, se encuentra en decadencia? Para ello vamos a recurrir a una de las principales obras que han analizado la temática del origen y el fin de las civilizaciones, el *Estudio de la Historia* de Arnold J. Toynbee. En base a la teoría en ella contenida, complementada con los pensamientos de diversos autores a propósito de la misma materia o de elementos a ella conexos, así como del análisis de los diferentes acontecimientos y circunstancias que han ido configurando nuestra realidad, intentaremos dar respuesta a esta cuestión para realizar nuestra particular previsión de cuál puede ser nuestro destino.

Resum

La raó d' ésser d' aquesta investigació és respondre a una pregunta tan suggeridora com contorbadora: es troba en decadència la nostra civilització, el món occidental? A aquest efecte, recorrerem a una de les principals obres que han analitzat la temàtica de l' origen i la fi de les civilitzacions, l' Estudi de la Història d' Arnold J. Toynbee. En base a la teoria que conté, complementada amb els pensaments de diversos autors respecte de la mateixa matèria o d' elements que li son connexos, així com de l' anàlisi dels diferents esdeveniments i circumstàncies que han anat configurant la nostra realitat, intentarem donar una resposta a aquesta qüestió i així realitzar la nostra particular previsió de quin pot ser el nostre destí.

Abstract

The aim of this research paper is to answer an evocative and disturbing question: is our civilization, the western world, decaying? In order to respond we will refer to one of the main works that has analyzed the rise and fall of civilizations, Arnold Tonybee's A Study of History. Using its theory as our base, complemented by the thoughts of other several authors, and analyzing different events and circumstances that have shaped our reality, we will try to respond to this question in order to predict the fate of our society.

Palabras claves / *Keywords*

Estudio de la Historia – Arnold J. Toynbee – Civilización Occidental - Decadencia - Declive - Colapso - Desintegración

Sumario

Introducción.....	9
1. Claves del Estudio de la Historia.....	11
1.1. Génesis y crecimiento.....	11
1.2. Colapso.....	17
1.3. Desintegración.....	21
2. El colapso de la Civilización occidental.....	27
2.1. Un primer indicio: el expansionismo geográfico de Occidente.....	27
2.2. Idolatría de la técnica efímera: el imperio del industrialismo.....	32
2.3. Idolatría de la institución efímera: el Estado Nacional.....	35
3. Elementos de desintegración en la Civilización occidental.....	40
3.1. El Tiempo de Angustias de Occidente.....	40
3.2. Estados Universales.....	43
3.3. Pérdida de influencia y yermos espirituales.....	49
4. Tiempo de profecías.....	53
4.1. ¿El final de la Historia y el triunfo de Occidente?.....	53
4.2. El reto de la democracia.....	58
4.3. Ausencia de significados y caída.....	61
Conclusión.....	69
Bibliografía.....	71

Introducción

Vivimos en una época de incertidumbres, un tiempo de dudas y de cambios imprevisibles que frecuentemente nos llevan a cuestionarnos cada elemento de una realidad que, en demasiadas ocasiones, se nos antoja como hermética e incomprensible. Desconocemos qué pasa, pero la intuición nos dice que algo falta. ¿Cuál es la causa? ¿De dónde nace este vacío? Estamos en una era sembrada de guerras, crisis y conflictos de la más variada naturaleza y donde los sentimientos predominantes son la angustia y el absurdo, pero el porqué se muestra esquivo y huidizo. En nuestra incomprensión llegamos incluso a poner en tela de juicio a la misma civilización, el elemento por excelencia sobre el que en última instancia se fundamenta la sociedad humana, preguntándonos si acaso no puede compartir la misma naturaleza mortal de los hombres y que, tal vez, ya se esté dirigiendo a su propia destrucción.

El tema de la caída de las civilizaciones es tan recurrente en la historia del pensamiento como extraordinariamente complejo desde un punto de vista estructural, siendo presa fácil de generalizaciones simplistas y análisis parciales que se alejan demasiado de las exigencias de lo que debería ser una investigación sociológica. Por ese motivo, para pisar suelo firme en nuestras afirmaciones, es imperioso disponer de una buena carta de navegación que nos permita adivinar cuál va a ser el transcurso de los acontecimientos. Hay diversos estudios, tanto clásicos como modernos, cuya atención ha orbitado en torno al proceso de declive desde las más diversas perspectivas. No obstante, la obra que posiblemente resulta más prolífica a estos efectos es el *Estudio de la Historia* de Arnold J. Toynbee. Escrita entre las décadas de 1930 y 1950, este magno análisis examina las distintas fases históricas por las que pasan las civilizaciones desde su nacimiento hasta su caída, con la infinita ventaja de que ilustra su argumentación con una miríada de ejemplos que, con sus paralelismos, consiguen probar que las aseveraciones que ahí plasma van más allá de la mera elucubración. Por eso, con el fin de obtener explicaciones para entender el rumbo de un mundo muchas veces tambaleante, tomaremos la teoría en ella contenida actualizándola con los elementos de análisis que nos ofrece el presente.

Así intentaremos responder a la inquietante cuestión que constituye la razón de ser de la presente investigación: ¿Occidente, nuestra civilización, ha llegado a su fase de decadencia? Para ello partiremos de una metodología que se fundamentará en

un examen en profundidad de los pensamientos de este historiador británico. Éstos, además, se verán complementados por las reflexiones de diversos autores sobre la misma materia o ideas que a ella puedan relacionarse, así como con nuestras propias impresiones al respecto. Todo ello nos permitirá comprobar si los razonamientos de Toynbee pueden amoldarse a las circunstancias de la actualidad. En aras de organizar nuestro discurso del modo más lógico posible, estructuraremos el trabajo en cuatro partes distintas. En la primera sintetizaremos en líneas generales la teoría expuesta en el *Estudio de la Historia* sobre los diferentes acontecimientos por los que pasa una civilización a lo largo de sus diferentes estadios de existencia –génesis, crecimiento, colapso y desintegración–. A continuación, una vez conozcamos el esquema, abordaremos en las dos siguientes secciones el análisis del colapso y desintegración de Occidente, dejando para un último apartado las perspectivas de futuro que podemos inferir de los diferentes elementos planteados.

De esta forma esperamos comprender un poco mejor este tiempo de perplejidades y, desterrando el sensación de desorientación en la mayor medida posible, ser capaces de tomar el pulso a la era que nos ha tocado vivir. Sólo así podremos enfrentarnos con los retos que nos deparará el mañana.

1. Claves del Estudio de la Historia

Como cuestión preeliminar para este ensayo, a fuer de comprender los procesos y acontecimientos que se van dando Occidente, creemos imperioso realizar en esta primera parte un bosquejo de las ideas básicas que presenta Arnold Toynbee en su argumentación a propósito de las diferentes fases por las que pasa una civilización: la génesis, el crecimiento, el colapso y la desintegración.

1.1. Génesis y crecimiento

Antes de iniciar nuestro análisis de las claves del *Estudio de la Historia* creemos conveniente detenernos un momento en definir qué va a significar el concepto de “civilización” en el contexto de la presente investigación. Ciertamente es un elemento cardinal en la construcción que hace Toynbee en su obra y, por ello, en aras de evitar equívocos, hemos de precisar su sentido. La delimitación más concreta que hace el autor de este vocablo la encontramos, posiblemente, en la descripción que realiza de la noción mucho más amplia de “Sociedad”: “son entidades independientes en el sentido de que cada una de ellas constituye por sí misma un «campo inteligible de estudio histórico», pero al mismo tiempo son, todas ellas, representantes de una especie única”¹. Resumiendo en pocas palabras el desarrollo que plantea a partir de esta idea, una sociedad vendría a ser aquella extensión espacio-temporal en la que se pueden aislar las dinámicas y hechos históricos por cuanto se trata de un cosmos completo, un universo cuyas reglas y movimientos no necesitan complementarse con información procedente de ninguna otra fuente. Es, en definitiva, un criterio de clasificación, la unidad discursiva por excelencia en la que se articula la Historia para poder analizarla.

Ahora bien, dentro del término “sociedad” quedarían englobados tanto las “sociedades primitivas” –fase previa a la civilización y, por cierto, con un reinado mucho más amplio en lo que ha sido la historia humana– y las civilizaciones propiamente dichas. Nuestra intuición nos dice que entre ambas realidades hay necesariamente una profunda diferencia y que, si detenemos aquí nuestro intento de acotación, resultaría del todo inconcluso. Para plasmar estas advertencias de nuestra conciencia podemos recurrir al Diccionario de la Real Academia Española, el cual define el concepto civilización del siguiente modo: “Estadio cultural propio de las sociedades humanas más avanzadas por el nivel de su ciencia, artes, ideas y

¹ TOYNBEE, A. (1951). *Estudio de la Historia*. Buenos Aires: Emecé. Vol. I, p. 74.

costumbres”². De este enunciado se infiere el elemento distintivo entre una civilización y una sociedad primitiva, que no es otro que la primera ha progresado mientras que la segunda ha permanecido en una situación estática. Explicar el porqué de este dinamismo supone contestar al primer punto de este apartado, que son las razones que llevan a la génesis de una civilización.

Haciendo un símil con la magnitud física de la inercia, Toynbee considera que hay una fuerza muy poderosa que ancla a las sociedades primitivas a permanecer en lo que se denomina la “integración del uso”, el estadio de la humanidad en el que los individuos no miran hacia el futuro, sino a un pasado representado sempiternamente por la generación más anciana. Esta es la misma idea que subyace cuando Mircea Eliade nos describe en su obra de *El mito del eterno retorno* el tiempo arquetípico o primordial al que indefectiblemente se orientan todas las acciones de la tribu: “el hombre arcaico, no conoce ningún acto que no haya sido planteado y vivido anteriormente por otro, otro que no era un hombre. Lo que él hace, ya se hizo. Su vida es la repetición ininterrumpida de gestas inauguradas por otros”³. Romper esta poderosísima barrera psicológica, enraizada en la psique del género *homo* desde su mismo albor y fundamentada en una no menos potente concepción cosmológica, resulta sencillamente imposible si no se experimenta ningún cambio. Sólo cuando la existencia del grupo peligra hay un esfuerzo para pasar a una situación dinámica, denominada “diferenciación de la civilización”, con el fin último de procurarle la supervivencia.

Este factor positivo del que nacen las civilizaciones es descrito por el historiador británico como un mecanismo de “Incitación y Respuesta”, en el que un problema en el contorno (un factor externo) pone a prueba la naturaleza humana (un factor interno) para suscitar en su seno un poder creador. Expresándolo en palabras de Toynbee: “la función del «factor externo» es proveer al «factor creador interno» de un estímulo constante de la especie mejor destinada a suscitar las variaciones más poderosamente creadoras”⁴. El ejemplo en el que es más fácil observar cómo se encarna esta teoría es en el caso de la génesis de la Civilización egipcia. Cuando terminaba la última era glacial el habitante de las praderas del África septentrional se vio sometido al desafío de observar que su antiguo habitat se estaba desertificando progresivamente, fruto de que cada vez caían menos precipitaciones en la zona por el cambio climático que se estaba experimentando a nivel global. De esta forma,

² REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (2001). *Diccionario de lengua española*, 22ª ed. Madrid: Espasa. T. I, p. 563.

³ ELIADE, M. (2000). *El mito del eterno retorno*. Madrid: Alianza Editorial. P. 15.

⁴ TOYNBEE, A. (1951). *Estudio de la Historia*. Buenos Aires: Emecé. Vol. I, p. 308.

dejando atrás una vida en la que gozaban de las rentas de una naturaleza generosa, se lanzaron a conquistar la zona pantanosa de un Nilo entonces del todo silvestre. Domesticarlo implicó abandonar su organización social inmemorial y adoptar otra distinta, en la que el prototipo ya no era modelado por los ancianos sino por los individuos dotados con una mayor capacidad creadora, en un proceso de *mimesis* que describiremos más adelante.

No obstante lo anterior, sería un error pensar que todas las incitaciones del contorno son de carácter físico, ya que estaríamos obviando los no menos vigorosos retos que pueden provenir del flanco del contorno humano; los cuales resultan más relevantes para explicar la génesis de las civilizaciones que se elevan no de una sociedad primitiva prístina, sino del tronco muerto de una civilización anterior⁵. Es en la interacción entre estos dos contornos, natural y social, donde se da la génesis de una civilización, en un proceso que se ve impulsado por diferentes tipos de estímulos: los de los países duros, donde se debe luchar contra el terreno para arrancarle sus frutos, ya sea porque se trata de una tierra estéril o por ser un “suelo nuevo” al que se ha llegado tras una migración; el acicate de los golpes, cuando tras un mazazo repentino (como una derrota miliar) el contendiente derrotado se sobrepone y llega a sobrepasar el nivel que anteriormente tenía; la incitación de las presiones, que describiría la situación en la que hay una parte que continuamente debe pugnar por su supervivencia; o la instigación de los impedimentos, determinado por las trabas que se impone a un determinado grupo social (inmigrantes, esclavos, miembros de otras razas o integrantes de un culto distinto) para progresar socialmente. En fin, todo aquello que suponga un esfuerzo se convierte, en última instancia, en un signo positivo para que eclosionen una civilización.

Toynbee plantea un exhaustivo catálogo de ejemplos que justifican su tesis en cada uno de los casos. Por nuestra parte, creemos interesante referirnos a uno de ellos, que también nos permite explicar qué sucede cuando desaparece el estímulo externo que da pie al proceso creador: el paradigma de las marcas, un territorio fronterizo entre dos mundos que se ve sometido, por consiguiente, a un poderoso estímulo externo. El exponente que nos queda más cercano es el de la Península ibérica, marca de Occidente frente al orbe siríaco desde el siglo VIII al XV de nuestra era. Resulta paradigmático que el mismo año en que culmina la Reconquista se

⁵ Podemos presumir que si una civilización se asienta en el territorio que ha ocupado una sociedad de la misma especie en un tiempo precedente, el espacio físico ya habrá sido amansado. Será entonces el reto de las incitaciones humanas existentes en el interregno que acaece tras el fin de una civilización, en un proceso que analizaremos en páginas ulteriores, el protagonista principal de la génesis de esta tipología de civilizaciones. V. TOYNBEE, A. (1951). *Estudio de la Historia*. Buenos Aires: Emecé. Vol. I, p.365 y ss.

produzca el descubrimiento de América, fruto de aplicar su excedente de fuerzas en la nueva y ambiciosa empresa de cruzar un desconocido Océano Atlántico; o tal como lo expresa el autor que aquí analizamos: “los navegantes castellanos y portugueses que en el primer siglo de nuestra Edad Moderna (*circa* 1475-1575 d. de C.) hicieron sentir su presencia por todo el mundo eran los herederos de los hombres de frontera cuyo espíritu se había templado en treinta generaciones de tenaz guerra”⁶. Ahora bien, tal como a continuación nos indica, los reinos ibéricos no tardaron mucho en perder su papel protagonista a favor de otras potencias europeas. Esto se explica porque, a medida que nos distanciamos del momento en el que desaparece el estímulo del que germina un progreso espectacular, también se van diluyendo las virtudes que lo hicieron posible. De esta forma alcanzar el triunfo se perfila, en realidad, como un caramelo envenenado cuya toxina puede conllevar la decadencia.

Hasta ahora hemos visto que las dificultades agudizan el ingenio y que, recurriendo a la prosa de Toynbee, “la holgura es enemiga de la civilización”⁷. Este plantamiento, con todo, no debe llevarnos al error de pensar que cuanto mayor sea el estímulo mejor va a ser resultado. Aunque nuestro historiador comenta que “las civilizaciones se originan en los contornos extraordinariamente difíciles y no en los extraordinariamente fáciles”⁸, no hemos de llevar esta ley al extremo y sembrar de zarzas todo el contorno geográfico y social. La clave reside en lo que se enuncia en la siguiente cita del Estudio de la Historia: “extremas como son [las incitaciones], limitan sin embargo su alcance a uno sólo de los dos dominios que juntos constituyen el contorno total de cualquier sociedad humana”⁹. Esto es lo que Toynbee denomina una “interacción compensatoria, entre el contorno físico y humano, que opera en ambas direcciones”¹⁰. En otras palabras, si los retos se hallan en la vertiente física, la vertiente humana deberá ser más amigable y viceversa. A su vez esto no obsta a que cada estímulo singular tenga también un límite que no debe sobrepasar, ya que si ofreciese una incitación del todo demencial actuaría lo que el autor llama la “ley de los rendimientos decrecientes” que aniquilaría por completo cualquier intento de civilización. O lo que es lo mismo, el estímulo debe presentarse en un grado óptimo, ni deficiente ni excesivo, para que se pueda acariciar el éxito.

⁶ TOYNBEE, A. (1953). *Estudio de la Historia*. Buenos Aires: Emecé. Vol II, p. 211.

⁷ *Op. cit.*, p. 46.

⁸ *Op. cit.*, p. 266.

⁹ *Op. cit.*, p. 267.

¹⁰ *Op. cit.*, p. 271.

Una vez superado el escollo de la génesis hemos de pasar a analizar la fase del crecimiento. Nuevamente nos encontramos con que debe atemperarse el grado de la incitación inicial que incentivó a la sociedad a esforzarse para fundar una civilización, por cuanto si absorbiese todas las fuerzas del colectivo un ulterior progreso sería imposible y nos encontraríamos ante una “civilización detenida”¹¹. Esto demuestra de paso que el crecimiento de una sociedad no es automático tras su nacimiento y debemos, en consecuencia, analizar los motivos que nos llevan a constatar que se ha producido un avance.

Lo cierto es que el mecanismo por el que una civilización va creciendo no es muy distinto al proceso de “Incitación y Respuesta” que hemos mencionado hace un momento, ahora rebautizado bajo el concepto de *Élan* (impulso) y que es entendido por Toynbee en los siguientes términos: “Las civilizaciones crecen merced de un élan que las lleva de una incitación, a través de una respuesta, a una nueva incitación, y de la diferenciación, a través de una integración, a una nueva diferenciación”¹². Con esto quiere decir que nuevos desafíos e incertidumbres acechan a las civilizaciones en un ciclo continuo y que, en la medida que se responda exitosamente a las incitaciones que estos retos traen aparejados, el progreso será posible. La quietud, el equilibrio tan perfecto como utópico al que se aferran las ilusiones de inmortalidad de los imperios decadentes, se postula así como una causa de muerte.

El proceso mediante el cual se mantiene este dinamismo, del todo necesario para que la civilización conserve la vida, tampoco difiere en demasía con su equivalente en la fase de génesis. Para Toynbee, detrás de cada impulso hay un individuo concreto o un pequeño colectivo, al que denomina *minoría creadora*, que con su personalidad fascina al resto de la sociedad, cuya querencia es la del inmovilismo, y la conducen por el camino del cambio para enfrentar las nuevas incitaciones. El método con el que esta minoría creadora consigue que la mayoría no creadora siga sus pasos es mediante el recurso a la *mímesis* que citamos anteriormente. Ésta se podría definir como un adiestramiento social fundamentado en la cualidad intrínseca del ser humano de la imitación y que se concreta, a efectos prácticos, en la educación. De todo lo anterior se infiere que no hay un cambio cualitativo en el grueso del pueblo, no se le convierte en innovador, sino que se recurre a una

¹¹ Tal es el caso de los esquimales que, habiendo respondido exitosamente a la incitación del frío, no pudieron ir más allá porque cada ápice de sus fuerzas debía dirigirse exclusivamente a la supervivencia en el más hostil de los climas. V. TOYNBEE, A. (1953). *Estudio de la Historia*. Buenos Aires: Emecé. Vol. III, pp. 16 y ss.

¹² *Op. cit.*, p. 146 y s.

mecánica que, como indicábamos anteriormente, ya existía en las invariables sociedades primitivas, sólo que orientándola de otro modo. Recurriendo a la Historia, esta concepción se plasma del siguiente modo:

La mimesis es una característica general de la vida social y que puede advertirse su funcionamiento en sociedades de una y otra clase [primitivas y civilizaciones]; pero también hemos observado, en el mismo caso, que, si bien en las sociedades primitivas la mimesis se orienta hacia la generación más vieja de los miembros vivos y hacia los antepasados muertos en quienes está simbolizada la “corteza del hábito”, en las sociedades en proceso de civilización se endereza hacia las personalidades creadoras que han partido el suelo nuevo. Los “elementos” de la antigua facultad “subsisten, pero magnetizados y dirigidos en otro sentido por esa imitación” [que suscita la minoría creadora]¹³.

Esta combinación de *Élan* y *mimesis* es indispensable para atajar en el camino del progreso pero, al mismo tiempo, se convierte en su particular espada de Damocles: si la minoría creadora de turno resultase incapaz de responder a una nueva vicisitud y perdiese esa capacidad de impulso que debe caracterizarlas, toda la construcción de la civilización se vería en entredicho.

Por último debemos detenernos en considerar qué factores son indicativos de que una civilización se encuentra en fase de crecimiento. Aunque la primera idea que se nos vendría a la cabeza sería suponer que el exponente del progreso es el dominio cada vez mayor sobre el contorno físico y humano, simbolizados respectivamente por la mejora de la técnica y el avance de las fronteras, el examen empírico que realiza Toynbee no demuestra esta correlación. La tecnología no se perfecciona necesariamente en épocas de crecimiento, sino también –y a veces de forma más intensa– en las de crisis, y la influencia geográfica, que desarrollaremos ulteriormente, más que plenitud señala desintegración. Por el contrario, el verdadero plano en el que se manifiesta el aumento de la fuerza de una civilización es en el espiritual: es la capacidad de dar respuestas a las incitaciones que se plantean; unas incidencias que cada vez más no provienen de un contorno externo, en tanto que éste se va progresivamente subyugando, sino de las profundidades del alma de la propia sociedad. El aportar soluciones a estos problemas cada vez más *etereos* es el aspecto que permite confirmar el crecimiento.

¹³ *Op. cit.*, p. 266.

1.2. Colapso

Una vez descritas las fases de génesis y crecimiento de las civilizaciones, podemos abordar el estadio del colapso, no sin antes comentar una circunstancia que nos puede parecer paradójica en el esquema de nuestro análisis: este quebranto no tiene por qué darse de una forma imperiosa. A diferencia de otros historiadores que van en pos de comprender las dinámicas metafísicas por las que luego discurre el tiempo humano para a continuación elaborar una “filosofía de la historia”¹⁴, el indeterminismo es una pieza clave en el hilo argumetal de la construcción teleológica del *Estudio de la Historia*. Para Toynbee el fracaso no es una necesidad, sino la mera probabilidad o riesgo al que se someten las sociedades cuando emprenden su particular áscesis. La originalidad de este autor reside precisamente en este extremo, en que da lugar a la esperanza concediendo la oportunidad a la civilización de que pueda culminar su objetivo de abrir una nueva era para la humanidad. De esta forma el concepto de colapso nos quedaría perfilado, en palabras de este especialista, como los “fracasos en la audaz tentativa de ascender del nivel de la humanidad primitiva que vive la vida de un animal social hasta las alturas de un tipo de existencia sobrehumana en una comunión de santos”¹⁵.

La causa por la que este anhelo queda frustrado hemos de buscarla en el componente que, anteriormente, era sinónimo de dinamismo y progreso: la minoría creadora. Cuando sobreviene el colapso lo que nos encontramos es que ésta pierde el poder creador que la caracterizaba y le servía para guiar a su sociedad, deviniendo incapaz de solucionar las nuevas adversidades que se le van presentando. Toynbee comenta que es relativamente normal que la élite que es capaz de encararse y vencer una crisis fracase cuando se le presenta una incitación distinta con la que debió lidiar, debiendo producirse un consiguiente relevo en la misma. El colapso irrumpe desde el punto y hora en que la minoría que ha perdido su poder de cautivar a la masa no creadora pretende persistir en su posición, ahora inmerecida, por la fuerza y degenera en una *minoría dominante*.

La primera implicación que tiene esta metamorfosis en la clase dirigente es la segregación de la mayoría, desilusionada, en un proletariado interno y externo; clases sociales éstas cuyas características describiremos con más detalle en el subapartado de la desintegración. Dicha pérdida de unidad social es fuente de

¹⁴ Cfr. SPENGLER, O. (2009). *La Decadencia de Occidente*, 6ª ed. Madrid: Espasa. Este historiador, contemporáneo de Toynbee, parte de la premisa determinista de que todas las civilizaciones se encaminan, más tarde o más temprano, a su propia destrucción.

¹⁵ TOYNBEE, A. (1953). *Estudio de la Historia*. Buenos Aires: Emecé. Vol. IV, p. 21.

debilidad y de conflictos, así como de un mal funcionamiento del mecanismo de la mimesis. El adiestramiento social –que como hemos dicho anteriormente no tiene como objetivo transformar a la sociedad sino emplear una facultad en ella ya ínsita para avanzar más rápido en la senda del crecimiento–, si carece de un Élan o impulso que le lleve hacia adelante, se tornaría un callejón sin salida para la autodeterminación. La mecanización de la vida social, que cuando está dirigida por el genio de las personalidades creadoras llevan a elevar a todo el grupo por encima de su entorno, no puede aportar respuesta a incitación alguna desde el momento en que carece de alguien que la guíe; y menos todavía a esas mucho más acuciantes incógnitas que surgen del “mundo interior”, del alma de una sociedad, cuando el contorno ya ha sido superado. Recurriendo a las palabras de Toynbee, mucho más evocadoras:

Una vez que nos hemos pasmado de admiración ante esos triunfos mecánicos [...], nos desconcierta recordar que hay otras expresiones –“hecho a máquina”, “movimientos maquinales”, “conducta mecánica”, “la maquinaria política” – en que el sentido de la palabra máquina es exactamente el contrario. No cabe duda de que en todas las expresiones de este segundo grupo se sugiere la idea no del triunfo de la vida sobre la materia sino del señorío de la materia sobre la vida; y en vez de llenarnos de orgullo y confianza experimentamos una sensación de humillación y recelo al comprender que esa herramienta suprema de la vida y del espíritu, esa herramienta que prometió darles ilimitado dominio sobre el universo material, puede de hecho convertirse en las manos en un instrumento que los someta al reinado de la Noche Antigua¹⁶.

En definitiva, una mimesis incorrectamente utilizada, sin un capitán que dirija su rumbo, conlleva no el progreso de la civilización, sino su desmantelamiento progresivo. Así se realiza el riesgo de que caiga la espada de Damocles a la que antes nos referíamos que, no lo olvidemos, pende en todo momento sobre las cabezas de las sociedades que se deciden a peregrinar por la senda del progreso.

Cabe que nos preguntemos ahora en qué aspectos concretos se manifiesta este fracaso en la capacidad de autodeterminación. Partiendo del hecho de que todo grupo humano necesita proveerse de una serie de instituciones para regir su vertiente colectiva, organismos todos que deben interrelacionarse en un complejo armónico si quieren funcionar correctamente, la introducción de una nueva fuerza dinámica en la vida de la sociedad necesita acompañarse de la debida reestructuración del conjunto para permitirle seguir desempeñando sus funciones. Esto es perfectamente natural en las civilizaciones en crecimiento, en las que se

¹⁶ *Ibid.*, p. 139.

depuran las unidades necrosadas y anacrónicas para readaptarlas a los nuevos tiempos. Ahora bien, siempre hay una cierta *vis inertiae*, una reticencia al cambio, que, en palabras de Toynbee, “tiende siempre a mantener invariable la mayor parte de la estructura social”¹⁷. Como podemos suponer, en las sociedades colapsadas esta resistencia es mucho mayor por cuanto la élite gobernante carece de aptitudes para gestionar el cambio.

Según el autor, son tres las opciones que tienen las instituciones sociales ante el advenimiento de un cambio: reajustarse conforme a las necesidades, persistir impertérritas, o degenerar en lo que denomina una *monstruosidad social*; habiendo una consecuencia concreta para cada postura. El mejor escenario sería el del reajuste, donde el bienestar de la sociedad no se vería gravemente menoscabado y los resultados, previsiblemente positivos, tenderían a un crecimiento cada vez mayor. Si, por el contrario, la institución obsoleta prefiriese contemplar impávida como se acumula la presión de las nuevas fuerzas sobre sus carencias, la conclusión lógica sería la de la revolución, donde la violencia desbordada arrasaría las trabas del pasado para imponer un nuevo orden por medio de una ruptura traumática. En esta alternativa también se lograría el crecimiento, pero el coste no sería ni muchísimo menos tan inocuo como en el reajuste. Finalmente, como peor disyuntiva, estaría la aparición de las *monstruosidades*, cuyo corolario sería la total disfunción entre las fuerzas sociales y los mecanismos por las que se encauzan para articularse. El predominio de esta opción, según Toynbee, conllevaría una “dislocación de la estructura social toda [que] puede ser tan grave que resulte virtualmente imposible evitar un colapso”¹⁸.

A partir de aquí se abren dos vías distintas, fundamentadas cada una de ellas en actitudes vitales opuestas, para que las civilizaciones decadentes puedan abrazar a su propia aniquilación: la actitud pasiva de “dormirse en los laureles”, esperando plácidamente la visita de la muerte, o el posicionamiento activo de correr, directamente y sin tapujos, al encuentro de la destrucción. Empecemos describiendo la primera, para la cual aludiremos a un pasaje del Estudio de la Historia en la que se perfila perfectamente el problema:

La aberración pasiva a que el ser humano creador tiende al día siguiente mismo de cumplir una hazaña es la de “dormirse sobre los laureles” en un limbo donde sueña que, por haberse esforzado ya una vez, se ha ganado el derecho al “y fue muy feliz”, como si el

¹⁷ *Op. cit.*, p. 148.

¹⁸ *Op. cit.*, p. 151.

justo salario de un día pudiese convertirse, en la vida real, en un indefinido e inagotable crédito bancario para el futuro¹⁹.

Reformulándolo en otros términos, lo que hace esta actitud es frenar en seco el dinamismo que debe palpar en todo momento en una civilización en fase de crecimiento. Se convierte así en una suerte de civilización detenida, en tanto que se halla perfectamente amoldada a su contorno, pero que se niega a responder a las nuevas incitaciones que se le presentan por cuanto se regocija en ella misma y sus méritos pasados. Esta némesis de la creatividad es lo que Toynbee llama *idolatría* y que define como “el culto intelectual y moralmente ciego de la parte en lugar del todo, de la creatura en lugar del creador, del tiempo en lugar de la eternidad”²⁰; o, lo que es lo mismo, que se toma un objeto efímero cualquiera como si fuese un valor absoluto y se le rinde culto como si en él residiese una divinidad imperecedera que garantizase la inmortalidad de sus adoradores. Esta veneración se puede orientar hacia el *yo efímero*, representativo de las glorias de un pasado cada vez más lejano, una *institución efímera*, que encarna una construcción política determinada, o una *técnica efímera*, referente a un método que en un momento dado procuró de cierta superioridad a su usuario.

En lo que respecta a la actitud activa, Toynbee la ve reflejada en la trama de la tragedia griega bajo los epítetos del *hartazgo*, “la situación psicológica de quien se ha «echado a perder» por el éxito”²¹, la *actitud ultrajante*, que denota la “consiguiente pérdida de equilibrio mental y moral”²², y el *desastre*, como “el empecinado e incontrolable impulso que arrastra al alma desequilibrada a tentar lo imposible”²³. Esto último se consuma en las manifestaciones del *militarismo suicida*, la creencia en que todas las disputas pueden solucionarse por el mero uso de las armas, y de la *embriaguez de la victoria*, que evocaría a la desmoralización que sobreviene a los que han coronado una gesta y se creen por encima de todo límite moral y humano.

Asimismo, como un elemento ya limítrofe con la fase de desintegración, nos encontramos con que la sociedad que colapsa tiene un mayor potencial de irradiación geográfica que las sociedades que no han sufrido ese deterioro. Este aparente contrasentido, que ya tuvimos la oportunidad de mencionar en páginas

¹⁹ *Op. cit.*, p. 268.

²⁰ *Op. cit.*, p. 272.

²¹ *Op. cit.*, p. 270.

²² *Ibid.*

²³ *Ibid.*

previas cuando dijimos que el dominio cada vez mayor del contorno humano era señal de decadencia, se ve resuelto cuando lo observamos desde el prisma de la desintegración social. Esto es así porque los diferentes elementos que componen el corpus de una civilización, una economía, política y cultura antes concebidas como un todo armónico, pierden su carácter orgánico y empiezan a dispersarse desagregadamente hacia el exterior. Las sociedades que circundan a este ente que agoniza, al no tener que asumir todo el bagaje espiritual que ha ido fraguando a lo largo de su historia, pueden escoger quedarse únicamente las piezas o elementos concretos que le fuesen más atractivos y resultasen, además, superfluos en la mayor medida posible²⁴. A mayor abundamiento cabe comentar que la expansión geográfica también puede verse impelida por medio del uso de la fuerza y no exclusivamente en este proceso de inoculación relativamente pacífico. La civilización en colapso que lleva el conflicto allende sus fronteras, en zonas donde todavía no se ha hecho de la guerra un oficio, no puede sino esperar su triunfo confiando en la supremacía de su capacidad de destrucción. Una habilidad que, como veremos en breves momentos, previamente habrá ensayado sobre sí misma.

1.3. Desintegración

Tras el movimiento telúrico del colapso, que finiquita el *Élan* y frustra las posibilidades de crecimiento, la sociedad quedará fragmentada en lo sucesivo en una minoría dominante y un proletariado interno y externo que pasará a sustituir la unidad social de los buenos tiempos. Es fácil imaginar que las perspectivas que se abrirán al pueblo que se halle en tales circunstancias no tendrán visos de ser demasiado halagüeñas, pero eso no significa que deban traducirse en la impostergable desmembración y muerte de la sociedad. El estudio empírico que realiza Toynbee nos revela que, si llega a sobrevenir el colapso, todavía habrá alguna posibilidad de seguir subsistiendo. Ahora bien, esta pervivencia tendrá un alto precio: la *petrificación*, un agarrotamiento paulatino que nace de la exigencia de aplicar cada ápice de sus fuerzas para no caer al vacío.

La naturaleza de este proceso seguirá la misma lógica de la "Incitación y Respuesta" sobre la que nuestro historiador fundamenta toda su teoría, aunque en sentido radicalmente inverso. Si la cadena del crecimiento estaba jalonada de victorias, en

²⁴ A modo de ejemplo, Toynbee propone la imagen evocadora de un afgano al que se le ofrece un moderno rifle occidental, a cambio de que introduzca el conjunto de instituciones políticas, religiosas y morales imperantes en nuestro mundo. La respuesta lógica del inédito pastún ante este giro copernicano en su vida sería, clara y llanamente, renunciar al arma y contentarse "con sus armas ancestrales antes de dejar de andar por sus caminos también ancestrales". Cfr. TOYNBEE, A. (1953). *Estudio de la Historia*. Buenos Aires: Emecé. Vol. III, p. 170.

las que se superaba la vicisitud de turno para desterrarla para siempre del horizonte, en el senda de la desintegración hay un fracaso tras otro en las respuestas a las incitaciones. De esta forma el problema persistirá y no podrá relegarse al cajón de los expedientes cumplimentados, presentándose a instancia una y otra vez hasta que se le dé una solución imperfecta o se determine, finalmente, la destrucción por postrarse y no presentar batalla. En otras palabras, la muerte de una civilización ocurre sólo como colofón de un debilitamiento progresivo que es sobre todo fruto, como acabamos de ver, de las propias acciones de ésta; vertebrándose, según Toynbee, en tres etapas o fases diferenciadas: los “tiempos de angustia”, el “Estado universal” y, finalmente, el “interregno” poscivilizatorio.

Lo *tiempos de angustia* hacen referencia, en la terminología del *Estudio de la Historia*, al momento en que la sociedad levanta la mano contra ella misma. Este acto agresor, fruto de la desintegración social que deviene tras el colapso, se manifiesta esencialmente en dos cismas: uno horizontal, que pone en pugna a la minoría dominante con su proletariado interno, y otro vertical que enfrenta a la misma casta dirigente con el proletariado externo. En paralelo a esta lucha, cada uno de los cuerpos sociales se dota de su particular institución para procurar su supervivencia o provecho; con el Estado Universal promovido por la minoría dominante, la Iglesia Universal instaurada por el proletariado interno y las bandas guerreras bárbaras en las que se organiza el proletariado externo.

Empecemos refiriéndonos al Estado Universal. En una era en que la guerra fraticida galopa sin brida se crea el espejismo de una *palingenesia*, un nuevo comienzo o regeneración en el que vuelve a reinar la paz y se alcanzan mayores glorias a las antes siquiera soñadas. Esto sucede porque de entre los distintos Estados provincianos en los que se subdivide la civilización hay uno que destaca y, aunque renqueante, puede garantizar el orden. El exponente más paradigmático sería el del Imperio romano, Estado universal de la sociedad helénica que tras las Guerras púnicas conquista el orbe mediterráneo y detiene la espiral de destrucción en que se hallaba embarcada su civilización por medio de una superioridad técnica y militar absolutamente incontestable. Sin embargo, no hemos de perder de vista que esta construcción es obra de la minoría dominante de turno, con la única finalidad de mantener a toda costa su posición y prevendas, y la paz que logra instaurar se fundamenta no en la concordia sino en el poderío de las armas, circunstancia que no tardará mucho en convertirse en su talón de Aquiles. Tal como comenta Toynbee: “tarde o temprano llega la desilusión, pues una sociedad incurramente dividida contra sí misma ha de «meter en el negocio» de la guerra casi seguramente la

mayor parte de los recursos [que ha llegado a obtener]²⁵. Esta oligarquía, además, adolece de la creatividad necesaria para lograr un verdadero crecimiento y no despierta la fascinación que debiera en el pueblo. Su único producto espiritual, si es que así puede llamarse, es una escuela filosófica que no aporta respuestas a las incertidumbres y que, poco a poco, van convirtiendo el corazón de la sociedad en una *tábula rasa* carente de valores.

La primera víctima de esta debacle anímica es el proletariado interno, que es definido en la obra que aquí sintetizamos como aquel “elemento o grupo social que de alguna manera está «en» una sociedad determinada y en una determinada etapa de su historia, pero no es «de» ella²⁶; cosa que se complementa a continuación con la indicación de que el elemento fundamental que lo distingue “no es la pobreza ni el nacimiento humilde sino la conciencia –y el resentimiento que ella inspira– de haber sido despojado de su puesto atávico en la sociedad²⁷. Expresándolo de distinta forma, la historia del proletariado interno es el relato del desarraigo y la anomia, una alienación forzada que en todo caso exige una contestación. Ésta puede expresarse por la dialéctica de la violencia y la destrucción de un orden que consideran injusto – elección que, a la larga, siempre es derrotada por la pura fuerza del Estado Universal– o, por el contrario, optar por una evolución espiritual y buscar nuevos significados que les permita separarse, al menos en el alma, de los parámetros que les impone una minoría dominante. Es así como surgen las *Iglesias Universales*, a modo de pozos de agua que calman la sed de un pueblo huérfano de una verdad y que les permite seguir caminando en una realidad que, de lo contrario, sería tan hostil como incomprensible. El ejemplo por excelencia de *Iglesia Universal* la encontramos en la Iglesia Católica, cuyo camino fue allanado por la oquedad moral del Imperio Romano²⁸.

De esta forma llegamos al último actor en liza en el proceso de desintegración de una civilización, el proletariado externo. Éste, a diferencia de su variedad gemelar interna, se encuentra fuera de los límites geográficos sobre los que una sociedad

²⁵ TOYNBEE, A. (1957). *Estudio de la Historia*. Buenos Aires: Emecé. Vol. V, p. 27.

²⁶ *Op. cit.*, p. 74.

²⁷ *Ibid.*

²⁸ Si tuviésemos que citar algún texto que reflejase esta deriva ética a la que Roma se había arrojado, cabría recurrir a aquel pasaje de la *Ciudad de Dios* en el que San Agustín de Hipona recoge la opinión de diversos autores previos sobre la degradación a la que había llegado la República Romana cuando inicia sus primeros pasos como Estado Universal helénico: “Aquí tenéis como Roma (conste que no soy yo el primero en afirmarlo; son sus propios escritores quienes, mucho antes de la venida de Cristo lo afirman [...]) «se fue transformando, y de la más hermosa República que era, se volvió la más corrompida y viciosa». Aquí tenéis cómo, antes de la venida de Cristo, «las costumbres de los mayores se fueron perdiendo no poco a poco, como en períodos anteriores, sino que se hundieron precipitadamente como cae un torrente [...]»”. AGUSTÍN DE HIPONA (2006). *La Ciudad de Dios*. Madrid: Homo Legens. P. 72.

extiende su poder, fronteras que se pueden señalar en un mapa y que separan universos absolutamente irreconciliables. En la etapa del crecimiento este contraste no era tan brusco, ya que la atracción de la minoría creadora se extendía incluso a aquellas zonas donde no tenía un control político efectivo para, poco a poco, ir las convirtiendo en una réplica de su civilización. Esto era posible porque se irradiaban los componentes económicos, políticos y culturales de forma conjunta y armoniosa, circunstancia que ya hemos visto cómo se extinguía cuando irrumpía el colapso y cada componente creía cobrar valor por sí mismo. Penetrando de forma desigual en las sociedades circundantes, éstas últimas se quedan únicamente con aquellos útiles que les sirvan para hostigar a un imperio cada vez más débil. Las bandas guerreras bárbaras, demasiado lejos del control de la minoría dominante como para ser aplastadas, pueden ir afilando sus cuchillos para dar rienda suelta a su violencia en su hora máxima, la *Edad heroica* en la que por fin cederán unas fronteras desde el principio demasiado frágiles y podrán cobrarse por la fuerza su tributo.

El nadir que hace acto de presencia cuando termina el lastimoso canto del cisne del Estado Universal es lo que Toynbee denomina *interregno* y, en ese momento, serán dos las alternativas que le esperarán al cadáver de la sociedad fenecida dependiendo del grado de civilización del depredador que haga presa de él. Puede darse, en primer lugar, lo que el historiador denomina –haciéndose eco de Edward Gibbon en su obra de la *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano*– un “Triunfo de la Barbarie y la Religión”²⁹. El proceso de lo que sucederá queda perfectamente descrito en los siguientes términos:

“El «triunfo de la barbarie y de la religión» significa que la civilización moribunda ha sido arrojada al montón de los desechos por una revuelta iconoclasta de sus proletariados interno y externo, de modo que uno u otro de esos rebeldes tenga el campo libre para hacer surgir una nueva civilización [que estará unida a la precedente] a través del lazo que hemos llamado [de la] «Paternidad y filiación»³⁰.

En otras palabras, la minoría dominante cae abatida por alguno de los dos proletariados, quien la derrocan y toman posesión de su cargo. Este suceso es, sin lugar a dudas, eminentemente traumático, aunque no impide que entre la civilización “madre” e “hija” se puedan reconocer ciertos rasgos comunes por compartir una carga genética parecida. Esto no sucederá en el segundo caso, cuando –volviendo a recurrir a las líneas del *Estudio de la Historia*– “es devorada y asimilada por alguna

²⁹ GIBBON, E. *History of the Decline and Fall of the Roman Empire*. Cap. XXI. Cit. en TOYNBEE, A. (1955). *Estudio de la Historia*. Buenos Aires: Emecé. Vol. IV, p. 74.

³⁰ *Op. cit.*, p. 94.

de las civilizaciones contemporáneas”³¹. El producto resultante será irreconocible si lo comparamos con el modelo que había en esa zona anteriormente, tonsurándose para quedar perfectamente amoldado al carácter de la más poderosa sociedad que consigue ampliar sus dominios. Cabe destacar que sólo es en el *interregno*, cuando el desmantelamiento social y cultural ya es demasiado intenso, cuando puede darse el abatimiento o la asimilación, ya que en etapas anteriores todavía se conserva cierto nivel de energías para aguantar las acometidas.

Otro punto interesante en la fase de desintegración es atender a los sentimientos y comportamientos del pueblo que se encuentra en tales circunstancias. Lo cierto es que la grieta del colapso no se evidencia únicamente en la vertiente colectiva, en la configuración macroscópica del cuerpo social, sino también, y de manera posiblemente más intensa, en el alma de los hombres. Ésta, cuando toma la determinación de segregarse de una élite inútil, sustituye la acción creadora que le había guiado en la era del crecimiento por una serie de reacciones espirituales que emulen ese dinamismo que les ha sido negado. De entre el amplio abanico de transformaciones internas que Toynbee llega a identificar en su disertación, por nuestra parte vamos a referirnos exclusivamente a dos: la *sensación de hallarse a la deriva* y el *sentido de la promiscuidad*.

Expresando con pocas palabras el primero, podría definírsele como la negación de cualquier posibilidad de autodeterminación del hombre (idea sobre la que se sustenta el *Élan* de la era de crecimiento) y su consiguiente sometimiento al imperio del Azar y la Necesidad. El Azar es caprichoso y su rostro es el de la incertidumbre, la Necesidad es por el contrario rigurosa y siempre determina el resultado; pero ambos, en cualquier caso, condenan al ser humano a la más cruel inacción. No es él quien dirige su historia, sino un extraño mecanismo cuyos resortes se accionan de forma totalmente ajena a su voluntad. Desde esta perspectiva la libertad quedaría irremisiblemente aniquilada, transferida a otra esfera sobre la que carecemos de competencia, y sería indiferente el mayor de nuestros esfuerzos para lograr una meta si el hado así no lo tiene previsto.

El *sentido de la promiscuidad*, a pesar de que al lector le puede suscitar una idea distinta, describe la actitud de receptividad de una civilización marchita para con todo aquel bien que provenga del exterior. Es comprensible que se dé este flujo de entrada, inverso al que era característico del crecimiento, cuando demuestra su

³¹ *Ibid.*

incapacidad de alumbrar nada nuevo. Antes bien, la primera fase de esta transformación consiste en un trasvase de valores en el ámbito interno con la vulgarización de la minoría dominante, que progresivamente se va contaminando por los usos y costumbres que va tomando de su proletariado interno hasta que, finalmente, ambos segmentos sociales llegan a asimilarse. De esta forma se deja de visualizar la imagen de una clase dirigente, tan ilustre como inalcanzable, y cada vez resulta más insoportable el desnivel que las separa. El siguiente paso será abrir el pensamiento no sólo a las hechuras de sus subordinados, sino también a los productos del extramundo. La hostilidad que había entre la minoría dominante y el proletariado externo deja paso a una intimidad que, de ninguna manera, debe confundirse con la paz. Precediendo a la irrupción física de la sociedad que resultará ganadora del duelo, hay un goteo de sus cualidades y formas que va calando en el ánimo social y va minando las diferencias entre ambas realidades. Otras manifestaciones, para nada menores, son la barbarización del arte (que va perdiendo su original estilo), la aparición de una lengua franca (un idioma ampliamente comprendido, aunque por ello descafeinado) y un sincretismo en la religión (testimonio elocuente de una necesidad espiritual que, desatendida por la élite, no ha encontrado respuesta y debe buscar en nuevos rincones donde llenar sus carencias).

De esta forma terminamos nuestra sinopsis de la teoría general de Toynbee, que nos permitirá en los siguientes epígrafes hacer un diagnóstico de cuál es el estado de la situación en Occidente.

2. El colapso de la Civilización occidental

Dentro de este primer apartado de carácter crítico e interpretativo vamos a pasar revista, en base al mapa de ruta que nos propone Toynbee, a las circunstancias que pueden llevarnos a considerar que nuestra sociedad ha abandonado la senda del crecimiento para internarse en el tortuoso camino del declive.

2.1. Un primer indicio: el expansionismo geográfico de Occidente

Ciertamente no descubrimos nada nuevo cuando decimos que Occidente, durante la primera mitad del siglo XX, abrazaba (e incluso controlaba) todos los rincones del planeta. Si tuviésemos que plasmar en cifras nuestros comentarios bastaría con visualizar un mapa de los territorios coloniales del momento. Observaríamos, por citar los ejemplos mas notorios, a la casi totalidad del territorio africano dependiente de alguna metrópolis europea, a todo el sudeste asiático también bajo un control político ajeno o a los extensísimos territorios de Australia, Canadá y la India bajo el amparo de la Commonwealth británica. A esto habría que añadir el poderío militar y económico, con el control de las rutas marítimas y la posibilidad de intervenir en cualquier parte del mundo, tanto en son de paz como de guerra, gracias a la red de puntos estratégicos que servían para procurar una logística a gran escala.

Esta formidable expansión geográfica consiguió erigirse, además, en un tiempo relativamente rápido. Según las cifras que nos ofrece el también historiador británico Paul Kennedy: “En el año 1800 Europa controlaba el 35% de la superficie terrestre del mundo; en 1878, esta cifra se había elevado al 67%; y en 1914, a más del 84%”³². Este expansionismo de los imperios coloniales, especialmente del que encontraba su sede en el Reino Unido, se fundamentaba en lo que Alejandro Colás define como *imperialismo*: “una política y un proceso, guiados en gran parte por un sentido de superioridad ideológicamente construido, que persiguen la asimilación de regiones y poblaciones extranjeras mediante una política expansiva”³³. Aunque las emociones normales que suelen suscitar el recuerdo de aquellos tiempos oscilan entre el orgullo y la irritación, tras analizar la teoría de Toynbee no podemos sino sentirnos alarmados. Ya vimos que el expansionismo rápido y desmesurado de una civilización era síntoma de que el colapso había hecho acto de presencia por dos motivos: en primer lugar porque sus bienes culturales, políticos y económicos, que

³² KENNEDY, P. (2005). *Auge y caída de las grandes potencias*, tercera edición. Barcelona: Debolsillo. P. 247 y s.

³³ COLÁS, A. (2009). *Imperio*. Madrid: Alianza Editorial. P. 20.

juntos le daban su particular idiosincrasia, se empezaban a irradiar de forma independiente, adquiriendo así un mayor poder de penetración que cuando actuaban en conjunto; y en segundo término porque el poder militar utilizado para someter al proletariado externo no era una innovación, habiéndose ensayado previamente su potencial destructivo en las propias carnes de la sociedad que lo había conjurado en el transcurso de sus guerras fratricidas. A continuación vamos a realizar un cuadro de lo que fue el proceso de colonización desde finales del siglo XV hasta mediados del XX e intentaremos adivinar, en base a nuestros conocimientos, si cabe tomar la advertencia del historiador británico por válida.

Las primeras conquistas ultramarinas de Occidente, como ya señalamos cuando hablábamos del poder de las incitaciones, se llevaron a cabo por los “Reinos de frontera” de España y Portugal en los primeros años de la Edad Moderna y fueron fruto de invertir su excedente de energías, antes orientadas a la lucha por la Reconquista, al campo de la exploración. De la cercanía de la vicisitud que hizo germinar las virtudes sobre las que se sustentó este éxito podemos afirmar, sin miedo a equivocarnos, que en aquellos momentos la dinámica imperante era la de la autodeterminación y el crecimiento. Esto queda perfectamente reflejado en las características de la colonización de la parte del planeta que recayó, especialmente, en manos españolas.

La transmisión de los valores occidentales a las sociedades indígenas estaba perfectamente compensada en las tres facetas y no se limitaba exclusivamente a procurar el dominio comercial y político a la élite conquistadora. Por el contrario, también abarcaba la importantísima vertiente cultural, el núcleo duro donde reside el alma de la civilización, por medio de la propagación de la fe cristiana. De esa manera las costumbres, ritos y panteón de los antiguos pueblos precolombinos quedaron progresivamente eclipsados y desplazados por la mucho más poderosa luminiscencia de Occidente. Efectivamente hubo acontecimientos violentos y moralmente censurables, especialmente cuando se produjo la anexión de aquellas tierras; pero, a continuación, los fundamentos éticos sobre los que se luego se erigió el Imperio Español partieron de axiomas bien distintos, promulgándose en una fecha tan temprana como 1512 las *Leyes de Burgos*, en las que se garantizaba la protección de los indígenas como súbditos del Rey y proscribiendo su maltrato. Este respeto, que se convertiría en el principio rector por antonomasia de la administración del Nuevo Mundo por parte de España, queda perfectamente plasmado en el extracto de la carta que escribe Francisco de Vitoria al padre Miguel de Arcos a propósito de los excesos cometidos con los indios en la toma de Perú: “Si

son hombres y prójimos [...] y vasallos del emperador, no veo cómo excusar a estos conquistadores de su última impiedad y tiranía [...]. Antes [de afirmar su inocencia] se me seque la lengua y la mano, que yo diga cosa tan inhumana”³⁴.

En fin, parece claro que en esta etapa prístina de la colonización el espíritu de Occidente todavía no se había deteriorado y era fiel a sus principios. Por eso la profunda y completa irradiación de su ser sobre estos primeros territorios incorporados es, aún en nuestros días, cuando se celebra el segundo aniversario del proceso de independencia de las posesiones españolas, perfectamente apreciable. La mayor proporción de hispanohablantes se encuentra en latinoamérica, donde la religión mayoritaria también es el catolicismo que la incasable labor misionera consiguió ir extendiendo.

Este *modus operandi* contrasta bastante con lo que sucedería en un segundo periodo, iniciado no muchos años después, cuando el resto de potencias europeas emprendieron el mismo propósito. La diferencia estribaba en que, por aquel entonces, entró en escena la Reforma protestante y una serie de conflictos de gran calado empezaron a descascarillar la unidad cultural de Occidente, que hasta entonces se había visto representada por el credo del catolicismo y la idea de la *República cristiana*. De ahí se desprendió la incapacidad de esta civilización para coordinar en lo sucesivo los tres pilares sobre los que se sustentaba su ascendiente sobre otros pueblos, pasando a una tipología de colonización donde el centro de gravedad radicaba, esencialmente, en el ámbito de la influencia política. En el momento en que careció de útiles para cincelar el alma de las sociedades que se encontraba en su expansión, la solución mas sencilla fue pasar a la pura opresión o, en el peor de los casos, recurrir al exterminio. El mismo Toynbee, cuando analiza si el aspecto racial tiene algún tipo de injerencia en la génesis de las civilizaciones³⁵, nos ofrece el caso paradigmático bajo la forma de la conquista de Norteamérica por los protestantes de habla inglesa.

Para empezar, en línea con la argumentación que planteábamos, el autor comenta que “en nuestra historia occidental el movimiento protestante comenzó inmediatamente antes del movimiento de la colonización ultramarina”³⁶. Estos corpúsculos, con creencias que les acarreaban persecuciones en su país de origen por ser divergentes al sentir de la ortodoxia, se identificaban con una suerte de

³⁴ DE VITORIA, F. (1975). *Relecciones sobre los indios y el derecho de guerra*. 3ª ed. Madrid: Espasa-Calpe. P. 21.

TOYNBEE, A. (1951). *Estudio de la Historia*. Buenos Aires: Emecé. Vol. I, p. 238 y ss.

³⁶ *Op. cit.*, p. 238.

“Nuevo Israel” y veían al continente recién descubierto como su Particular Tierra Prometida; un lugar que Dios les ponía al alcance de la mano para ser alcanzar allí la felicidad que en el “Egipto” de la vieja Europa les era negado. Cuando arribaron al nuevo hemisferio se tuvieron que encarar con una nueva generación de filisteos, reencarnados esta vez en los indios que habían ocupado la zona desde tiempos inmemoriales. Estos invasores, a diferencia de los homólogos españoles, se negaron a compartir el mensaje evangélico con los pieles rojas y, como su intención –para nada disimulada– no era otra que agenciarse un *lebensraum*³⁷, no tuvieron demasiados reparos en aniquilar y confinar en reservas a estos primitivos pobladores.

De todos modos, más que una negativa consciente arraigada en una idea racial preconcebida, creemos que esta subyugación se sustenta sobre algo bien distinto: la incapacidad manifiesta de fascinar y de atraer a su terreno a este proletariado externo por carecer su fórmula de un agregado cultural que sirviese de principio activo para el proceso de transformación espiritual. Al fin y al cabo viene a darse una mecánica análoga a la que convierte a una élite creadora en una minoría dominante, ya que también el pionero advenedizo debe recurrir al uso de la fuerza para mantener el control de una realidad que por sus cualidades no merece.

Por último, hay todavía un paso más en la pauperización del modelo colonial, caracterizado esta vez por hacer orbitar todo el sistema en torno a los intereses económicos. Vale la pena hacer referencia al comentario que realiza Alejandro Colás a propósito de la naturaleza de este nuevo *imperialismo capitalista*:

Los debates georgianos sobre imperio y libertad se vieron superados tan pronto como empezaron a cobrar forma los contornos de un nuevo tipo de imperio tras las guerras napoleónicas. [...] Lo más importante de todo es que la economía mundial del siglo XIX no incluía sólo intercambios de bienes manufacturados y de lujo, materias primas o productos básicos, sino que comenzaba a involucrar a más pueblos y territorios del mundo en las leyes del mercado capitalista. La prolongada e irregular, pero en gran medida irreversible, mercantilización de la tierra y de la mano de obra caracterizaba por encima de todo lo demás este mercado mundial capitalista propiamente dicho.³⁸

Son varios los aspectos que nos interesan del anterior párrafo. En primer lugar nos sitúa el inicio de esta clase de expansionismo cuando terminan las guerras

³⁷ “Espacio vital”. Utilizamos la fórmula alemana para hacer alusión a la doctrina imperialista adoptada por el Nacional Socialismo y cuya consecuencia final fue el estallido de la Segunda Guerra Mundial.

³⁸ COLÁS, A. (2009). *Imperio*. Madrid: Alianza Editorial. P. 124

napoleónicas, conflicto que viene a representar una nueva etapa de desintegración social y que sirve de piedra de toque para que se den nuevas transformaciones en el seno de la civilización occidental. Después de esta conflagración las potencias europeas adquirieron todavía más maestría en el arte de avasallar por la fuerza de las armas y obtuvieron un periodo de relativa paz gracias a la creación del *Concierto Europeo*. Lo más importante, sin embargo, fue la consagración definitiva del Estado Nacional como institución política por excelencia en la que se consagra el poder; punto que analizaremos con más detalle en el subepígrafe 2.3, pero del que podemos adelantar que hace perder de vista la finalidad última que la civilización persigue. Por otra parte están las consecuencias de esta política, que toma al mundo como un gran mercado y prescinde del resto de elementos. El “compromiso económico” del liberalismo para cambiar el mundo es, a diferencia de la labor cultural, profundamente débil y superfluo; débil por fundamentarse en las leyes de la oferta y la demanda, siempre volubles por tomar como modelo el mero interés crematístico, y superfluo por limitarse a recubrir con una finísima platina el verdadero ser de la sociedad sobre la que se proyecta. De esta forma sus resultados, cosechados a gran velocidad por haber soltado el lastre de otros componentes, no pueden sino revelárenos como espúreos y transitorios.

En conclusión, las facetas económica y política han tenido un papel cardinal en la expansión geográfica de Occidente, tomándose como principios rectores el modelo económico del industrialismo y el sistema de organización gubernativa en Estados Nacionales, mientras que la vertiente cultural quedó relegada a un mero complemento formal de las anteriores. Es decir, si se presta atención a los elementos culturales de nuestra civilización por parte de otras sociedades es porque subyacen otros intereses y no por su sabiduría en sí misma; un transfondo cuyas motivaciones son así explicadas en el pensamiento de Toynbee:

“Aceptan nuestra cultura occidental, en la medida que la aceptan, con reservas mentales y morales; y todos ellos evidentemente procuran una forma de compromiso social que les permita participar de los sistemas económico y político de Occidente sin perder su propia alma no occidental³⁹.”

O, lo que sería lo mismo expresándolo de un modo más llano, codician los productos técnicos de Occidente pero sin que ello suponga aceptar una impronta espiritual.

³⁹ TOYNBEE, A. (1953). *Estudio de la Historia*. Buenos Aires: Emecé. Vol. IV, p. 99.

2.2. *Idolatría de la técnica efímera: el imperio del industrialismo*

Previamente comentábamos que el colapso nacía de la paralización del proceso de crecimiento de una civilización, detención que manifestaba en el olvido del fin último que todas persiguen –que venía a ser su universalidad, con la meta de iniciar una era de concordia entre la humanidad toda que se fundamentaría en el respeto hacia las mismas convicciones– y en tomar como valores absolutos y permanentes a creaciones particulares, cuya razón de ser era dar soluciones en un momento dado a una incitación concreta. En el caso del Occidente de principios del siglo XX, en palabras de Toynbee, nos encontramos con que su sistema se fundamentaba en “el sistema industrial de economía y un sistema político apenas menos complicado que llamamos democracia, como abreviatura de: gobierno representativo parlamentario responsable en un Estado nacional independiente soberano”⁴⁰. En este subapartado y el siguiente vamos a investigar, respectivamente, si se ha hecho de la técnica y del Estado nacional objetos categóricos o de culto, dejando para más adelante el análisis de los problemas que puede presentar nuestro sistema político basado en la voluntad popular por las profundas imbricaciones morales que allí se contienen.

Empecemos hablando de la técnica. Hace un instante observábamos que el aspecto material cobraba importancia *per se* en la forma en que Occidente se proyectaba hacia el resto del mundo. De todos modos, si ahondásemos un poco más en esta idea, lo que descubriríamos sería que no se trataba únicamente de un producto diseñado exclusivamente para su exportación, sino que el propio ser de Occidente había depositado sus esperanzas a los pies del progreso científico. Éste, inicialmente, se expresaba en un optimismo epistemológico por empezar a comprender las leyes que explicaban el funcionamiento de la naturaleza; aunque no tardaría demasiado en virar de rumbo y orientar sus pretensiones no al mundo de las elucubraciones, sino al del dominio del entorno natural. Huelga decir que el momento en que empezaron a aplicarse estos conocimientos fue en la etapa de la Revolución industrial decimonónica caracterizada, en palabras de Paul Kennedy, por “progresos a gran escala en el transporte y las comunicaciones, de una cada vez más rápida transferencia de tecnología industrial de una región a otra, y de un enorme esfuerzo en la producción manufacturera”⁴¹. Era, en definitiva, la edad de oro de la mecánica y la productividad, los métodos definitivos con los que Occidente

⁴⁰ TOYNBEE, A. (1951). *Estudio de la Historia*. Buenos Aires: Emecé. Vol. I, p. 23.

⁴¹ KENNEDY, P. (2005). *Auge y caída de las grandes potencias*, tercera edición. Barcelona: Debolsillo. P. 237.

—y de paso el mundo— podrían desprenderse de una vida miserable, que es evocada por el economista David S. Landes en los siguientes términos:

Hay que recalcar la verdad elemental de que la característica de cualquier país antes de su revolución industrial y modernización es la pobreza [... ya que] cualquier economía cuyo principal elemento de renta nacional es la agricultura produce pocos excedentes por encima de las necesidades inmediatas del consumo.⁴²

Ahora bien, debemos preguntarnos hasta qué punto la afirmación anterior es cierta. Toynbee, como ya comentamos, no veía una relación de causalidad necesaria entre el dominio del contorno físico y el crecimiento del ser de una civilización. Por el contrario, sostenía que la clave de bóveda consistía en dotarse de una mayor capacidad de *autodeterminación* o fuerza espiritual para hacer frente no a los retos externos, sino a los infinitamente más complejos desafíos internos que hacían acto de presencia cuando las carencias materiales ya habían sido colmadas. Está claro que la civilización occidental debe a sus conocimientos científicos el haber logrado un bienestar material sin precedentes en la historia humana, pero no parece tan seguro que haya habido el mismo correlato en el campo de los problemas etéreos.

Un elemento que parece imprescindible para que se pueda proseguir en el camino de la autodeterminación es entender que existe una verdad, tradicionalmente aportada por el fenómeno religioso, a la que asirse para superar las incitaciones, especialmente aquellas en las que hay una alta concentración de un componente espiritual. Por las dádivas de carácter material que las ciencias físicas nos han ido ofreciendo desde que iniciaron su reinado⁴³, poco a poco se han ido erigiendo como la nueva fuente de la que brotan esos paradigmas inmutables que la naturaleza humana necesita para sobrevivir. Sin embargo, si nos fijamos en su particular metodología, basada en el método empírico, nos veremos sorprendidos por un terrible contrasentido: no hay ningún planteamiento o teoría sobre la que no recaiga la sospecha de que puede ser errónea. La formulación filosófica de esta sistemática *falsacionista*, que aunque es posterior en el tiempo a los procesos que nos ocupan no deja de ser heredera de sus apogeos, es enunciada por Karl Popper en su obra de *La lógica de la investigación científica* en los siguientes términos:

⁴² LANDES, D.S. (1969). *Unbound Prometheus*. Cambridge: Cambridge University Press. P. 97 y s. En *Op. cit.*, p. 244.

⁴³ Sigmund Freud diría a propósito de esta revolución del saber científico y de sus consecuentes derivaciones en el plano de la técnica que han transformado al hombre en un “dios con prótesis”, un ser que puede ir más allá de las limitaciones físicas que le ha impuesto la naturaleza gracias a los ingenios de los que se rodea y de los que no puede prescindir si no quiere quedar inválido. FREUD, S. (1996). *El malestar de la cultura*. Madrid: Alianza Editorial. P.35.

De acuerdo con mi propuesta, lo que caracteriza al método empírico es su manera de exponer a falsación el sistema que ha de contrastarse: justamente de todos los modos imaginables. Su meta no es salvarles la vida a los sistemas insostenibles, sino, por el contrario, elegir el que comparativamente sea más apto, sometiendo a todos a la más áspera lucha por la supervivencia.⁴⁴

En otras palabras, esta teoría propugna dudar de todo para creer en algo. Es más, aun si la hipótesis examinada sobreviviese a este arduo proceso de duda hiperbólica, tampoco se la podría otorgar el epíteto de verdadera, ya que siempre estaría en el punto de mira para ser derrocada por una formulación más adecuada. Por ello la ciencia, carente de rumbo por sí misma, necesita del contrapeso de una gran capacidad de autodeterminación para ser dominada y evitar que el hombre sea absorbido por sus dinámicas, sucumbiendo a la tentación de extrapolar su modelo relativista a otros ámbitos, como el de la moral, en los que sería del todo contraproducente carecer de unos fundamentos sólidos e incuestionables. En definitiva, detrás del saber científico no se hallan las certezas que la sociedad debe aportar a los individuos, sino un formidable y sempiterno alarde de dudas e incertidumbres. Todo esto se relaciona con la advertencia que nos realiza el Estudio de la Historia de la existencia de una ley “según la cual cuanto mayor es el triunfo técnico tanto mayor es el riesgo de ruina espiritual”⁴⁵. Ésta se deriva de que, en la medida que nos independizamos de los imperativos del medio ambiente, los únicos rivales que pueden enfrentarse al hombre son sus semejantes o las no menos terribles consecuencias de las ideas, pensamientos y acciones que emanan de la civilización que se encuentre en tales circunstancias.

Volviendo al supuesto de la Revolución industrial, nos encontramos con dos quimeras tras las que cobra forma la idolación del hombre por la técnica. Por un lado, en el momento que la minoría dominante consideró que la sociedad debía orientar todas sus fuerzas disponibles para exprimir al máximo las mercedes que el nuevo modelo económico ofrecía, se consiguió fracturar la unidad social y provocar un profundo malestar. Al desarraigar al proletariado interno para introducirlo en factorías lo que se estaba haciendo era provocar una honda fractura social, fruto de inmolar su felicidad en las calderas de un progreso en el que no se sentían identificados, lo que se tradujo en un malestar que se iba acumulando y que bien podría haber encontrado su salida natural en un levantamiento popular. Éste, sin embargo, no llegó a consumarse en la civilización occidental sin que antes se pusiese en marcha otro movimiento cuyas derivaciones serían mucho más

⁴⁴ POPPER, K. (1962). *La lógica de la investigación científica*. Madrid: Tecnos. P. 41.

⁴⁵ TOYNBEE, A. (1963). *Estudio de la Historia*. Buenos Aires: Emecé. Vol. XII, p. 187.

catastróficas ya que, en paralelo a las innovaciones relativamente inocuas del ferrocarril o del telar mecanizado, también se desarrolla lo que Paul Kennedy denomina como una “revolución del poder de fuego”⁴⁶. Al enfocarse la idolatración hacia ese fetiche se estaba emprendiendo una carrera hacia un militarismo desquiciado que sólo podía culminar en el vacío y la destrucción. Únicamente hacía falta un catalizador en el que se aglutinasen estos impulsos suicidas para que se diese inicio al conflicto.

2.3. Idolatría de la institución efímera: el Estado Nacional

Dicho agente lo encontramos bajo la forma del segundo elemento que, como anteriormente comentábamos, fue tomado como objeto de veneración por parte de Occidente: el Estado nacional. Éste, desde el inicio de la Edad moderna, y en especial tras las transformaciones que se operaron durante la Revolución francesa, se convirtió sin ningún género de dudas en el modelo de organización política por excelencia. Se desplazaba así el antiguo canon feudal, donde había un crisol de poderes territoriales representados por la nobleza que tenía jurisdicción sobre una zona determinada, en la medida que se fortalecía un poder central, representado primero por el monarca y después por las cámaras representativas, cuyo ámbito de actuación tenía mayor alcance. A este prototipo, sin embargo, aunque en un primer momento se concibiese como un avance respecto a la situación de disgregación anterior, no le resulta muy difícil reconvertirse en una nueva y asombrosa fuente de conflictos si se comete el error de considerarlo como un fin en sí mismo. Si bien no es nuestra intención formular una teoría sobre el Estado, sí que creemos conveniente indagar sucintamente cuáles son sus principios y cómo se fueron concretando a lo largo de la historia.

Si tuviésemos que precisar en qué consiste esta entidad, haríamos bien en recordar la formulación clásica con la que Max Weber define a este concepto: “Por *Estado* debe entenderse un instituto político de actividad continuada, cuando y en la medida en que su cuadro administrativo mantenga con éxito la pretensión al monopolio legítimo de la coacción física para el mantenimiento del orden vigente”⁴⁷. Expresándolo de otro modo, esta visión parte de la premisa de que el Estado realiza sus fines en tanto en cuanto se consagra como la única fuerza que legítimamente puede ocasionar dolor, todo ello con la finalidad última de evitar el soliviantamiento

⁴⁶ KENNEDY, P. (2005). *Auge y caída de las grandes potencias*, tercera edición. Barcelona: Debolsillo. P. 248.

⁴⁷ WEBER, M. (1987). *Economía y sociedad*. México: FCE. P. 43 y s.

de la anarquía. Para ello dispone de la burocracia, un cuerpo profesional al servicio del poder público cuya razón de ser es servir de brazo ejecutor de los mandatos de éste. Dicho sistema es perfectamente adecuado para evitar el advenimiento del caos si bien, tomando como punto de partida la lógica que se deduce del *Estudio de la Historia*, a su vez tiene inherente un riesgo: que la élite gobernante, reconvertida en una minoría dominante por la carencia sobrevinida de una capacidad creadora, utilice dicha estructura para perpetuarse en el poder recurriendo exclusivamente al uso de la fuerza omnímoda que le es atribuida a quien se sitúe en su cúspide.

De estas premisas a entender al Estado como un valor en sí mismo basta con que opere una indiferencia moral, que lleve a juzgar todas las acciones del poder como positivas en sí mismas. Si nos retrotraemos al albor de la Edad Moderna, veremos que sobre este mismo apotegma se fundamenta la teoría de Maquiavelo, que es resumida por George H. Sabine en los siguientes términos:

Maquiavelo presenta un ejemplo extremo de la doctrina de un doble patrón de moralidad; es distinta la moral para el gobernante y para el ciudadano privado. Se juzga al primero por el éxito conseguido en el mantenimiento y aumento de su poder; al segundo, por el vigor que su conducta da al grupo social. Como el gobernante está fuera del grupo o, por lo menos, se encuentra en una situación muy especial con respecto a él, está por encima de la moralidad cuyo cumplimiento debe imponerse dentro del grupo.⁴⁸

Esta ruptura entre los axiomas que debían imperar en el ámbito civil por un lado y el político por otro se vio, posiblemente, magnificada por un fundamento teológico proveniente de un protestantismo que, como hemos visto, en la misma época iniciaba sus andanzas. La teoría de la predestinación, que desvinculaba al hombre de sus acciones para conseguir la Salvación –pues ésta dependía exclusivamente de la Gracia de Dios–, conllevaba en última instancia que el Gobierno no tuviese que responder ante ningún poder, ni humano por hallarse por debajo de él ni ahora tampoco ultraterreno. De esta forma la capacidad de actuación del Estado perdía todo límite y empezaba a adquirir ciertos rasgos propios de una divinidad. Es en esta misma línea sobre la que Thomas Hobbes plantearía su teoría del *Leviatán* como una comunidad política consistente en un organismo que, para mantener la paz y el orden, debería reclamar para sí cada ápice de poder y voluntad. En palabras de este autor:

El único modo de erigir tal poder común, que sea capaz de defenderlos [a los hombres de un país] de una invasión extranjera y de los perjuicios de los unos contra los otros, así

⁴⁸ SABINE, G.H. (1994). *Historia de la teoría política*, 3ª ed. México: FCE. P. 272.

como para asegurar del mismo modo que su industria y los frutos de la tierra les permitan alimentarse a sí mismos y vivir felizmente, es conferir todo su poder y fuerza a un hombre, o a una asamblea de hombres, que pueda reducir todas sus voluntades, [conformadas] por una pluralidad de voces, a una [sola] voluntad. [...] Hecho esto, la multitud se une así en una persona llamada Commonwealth⁴⁹; en Latín, *Civitas*. Éste es el nacimiento de ese gran Leviatán o, mejor dicho, para hablar con mayor reverencia, de ese dios mortal a quien le debemos, bajo el Dios inmortal, nuestra paz y defensa.⁵⁰

No es muy difícil imaginar qué aspecto presentará la segunda derivada de este modelo político cuando deba agregarse a su fórmula el componente del secularismo, elemento que irrumpe en escena tras la Revolución francesa y que se va concretando progresivamente en la esfera política a lo largo del siglo XIX. Básicamente, utilizando la misma terminología del pensador antes citado, nos encontraremos con un escenario en el que desaparecerá el “Dios inmortal” y donde la única deidad que subsistirá incólume será el “dios mortal” del Estado. Este ente, reconvertido en un tótem, irá a su vez fagocitando todas las características que le eran propias a la divinidad arrojada de su pedestal. Posiblemente la expresión máxima de esta confusión entre Dios y el Estado la encontremos en el pensamiento de Georg Wilhelm Friedrich Hegel, quien lo consideró como un ser no contingente sino necesario⁵¹ a cuya consecución se había dirigido toda la historia humana⁵². Las derivaciones más draconianas de esta idea quedarían perfectamente pronunciadas en la siguiente frase, del todo lapidaria, del mismo pensador: "El Estado no existe para los fines de los ciudadanos. Podría decirse que el Estado es el fin y los ciudadanos sus instrumentos"⁵³. En definitiva, en la ecuación del moderno nacionalismo, el valor del ser humano queda reducido prácticamente a cero, pudiéndosele exigir a los ciudadanos su total y absoluto sacrificio por el bien de sus ideales o intereses del momento.

Todo lo anteriormente expuesto nos lleva a constatar que las advertencias de Toynbee a propósito de la idolatría que ya en su tiempo se profesaba hacia el Estado-nación como institución efímera no andaban, en absoluto, desencaminadas.

⁴⁹ La traducción literal del inglés sería “riqueza común” o “bienes que se tienen en común” haciendo referencia a lo que entendemos por “comunidad política” o “república”.

⁵⁰ Hobbes, T. (1651). *Leviathan or The Matter, Forme and Power of a Common Wealth Ecclesiasticall and Civil*. En McMaster University. *Archive for the History of Economic Thought* [biblioteca electrónica en línea]. Obtenido el 29 de noviembre de 2010 de: <http://socserv.mcmaster.ca/~econ/ugcm/3ll3/hobbes/Leviathan.pdf> (Traducción propia del original en inglés).

⁵¹ "El contenido del Estado existe en sí y por sí; es el espíritu del pueblo. El Estado real está animado por ese espíritu". HEGEL, G.W.F. (1999). *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*. Madrid: Alianza Editorial. P. 110.

⁵² "El estado es [...] el objeto inmediato de la historia universal". *Op. cit.*, p. 103.

⁵³ *Op. cit.*, p. 101.

Es aquí cuando el historiador se pregunta si nuestro actual modelo de organización política también podría contener el germen de la destrucción de Occidente, de forma análoga a lo que le sucedió a la Sociedad Helénica cuando se aferró a la institución de la Ciudad-Estado aun cuando ésta hubo dejado de ser útil para ordenar sus relaciones sociales cuando extendió cada vez más su dominio. A propósito de este tema realiza la siguiente reflexión:

Ambas [idolatrías de la Ciudad-Estado y el Estado nacional] sustituyen el todo, como objeto de culto, por una parte, pues [...] se asemejan en cuanto son entidades políticas de la especie provinciana, simples fragmentos o articulaciones de la sociedad dentro de la cual y por la cual existen y a la cual deben su ser. Sin superar la soberanía de tales estados provincianos no es posible imponer la ley y el orden ecuménicos; y, en tanto este problema siga sin solución, la dificultad en resolverlo y la sanción ante el fracaso sencillamente aumentan cuando se amplía la unidad del cuerpo político soberano provinciano.⁵⁴

Nuestra civilización en los siglos XIX y XX, como tuvimos oportunidad de comentar en un momento anterior de nuestra investigación, llega a alcanzar un nivel de expansión global que supera con creces la gesta helénica, transformando a todo el planeta su particular *mare nostrum*. Ahora bien, en ningún momento se tuvo intención de sustituir el viejo modelo del Estado nacional para avanzar a una fórmula que contemplase una unidad institucional del conjunto de la civilización y que fuese pareja a la integración existente en el campo económico. Los imperios coloniales, por mayor que fuese su extensión geográfica, no dejaron de articularse como lo habían venido haciendo desde el comienzo de la Edad Moderna a pesar de que precisasen una reestructuración. Una observadora de excepción que se percató que estas corporaciones no permanecieron incólumes durante los procesos acaecidos es Hannah Arendt, cuando afirma en *Los orígenes del totalitarismo* que “el auge del imperialismo y los panmovimientos minaron desde el exterior la estabilidad de los mismos estados-nación”⁵⁵; a lo que agrega la siguiente crítica demoledora a propósito del empecinamiento occidental de seguir exportando su particular arquetipo a pesar de que resultase inoperativo:

Si resultaba discutible extender una forma de gobierno que, incluso en países con antiguas y afirmadas tradiciones nacionales, no podía manejar a los nuevos problemas de la política mundial, era aún más dudoso que pudiera ser importada a una zona que carecía de las auténticas condiciones para el surgimiento del estado-nación: la homogeneidad en la población y su enraizamiento en el territorio.⁵⁶

⁵⁴ TOYNBEE, A. (1953). *Estudio de la Historia*. Buenos Aires: Emecé. Vol. IV, p. 342.

⁵⁵ ARENDT, H. (2006). *Los orígenes del totalitarismo*. P. 388.

⁵⁶ *Op. cit.*, p. 389.

En cualquier caso, y a pesar de sus deficiencias para gestionar las nuevas dinámicas a las que se había visto abocada la Sociedad Occidental en su *tour de force* por hacerse con el mundo, el Estado nacional siguió siendo el molde en el que se cuajaban sus políticas. Esto es lo que en la terminología del *Estudio de la Historia* se denominaría una *monstruosidad social* que, como vimos, se trataba de una disfunción dada por la persistencia de una institución estéril que llevaba a la sociedad que la padecía al borde del colapso. El precio a pagar por afirmar la omnipotencia del Estado idolizado, a pesar de sus desarreglos en la resolución de las nuevas incitaciones que se le presentaban, fue negar en lo sucesivo toda posibilidad de crecimiento. Tras la visión del prodigioso Leviatán, el “dios mortal” hecho república que hace suyos a los ciudadanos para utilizarlos como instrumentos para lograr sus fines, lo que en realidad se oculta es la imagen menos excelsa de un proletariado interno que, con el paso del tiempo, nota cómo crece su sentimiento de desarraigo por los sacrificios que le impone una minoría dominante que cada vez resulta más incapaz de fascinarlo. En tal sentido Javier Barrycoa considera que no es extraño que la aparición de los conceptos de *ciudadano* e *individuo* se den en el mismo momento histórico, pues son dos caras de la misma moneda que se acuñó cuando la entidad política infatuada olvidó que su razón de ser era servir a unos fines superiores a ella misma y dejó huérfanos de significados a los hombres que en ella se amparaban:

No deja de ser paradójico que la aparición del concepto de *ciudadano* coincida con la aparición del concepto de *individuo*. Si el *ciudadano* es un título revolucionario para el que ha conseguido la *libertad moderna*, el individualismo es la expresión del hombre moderno despojado de sus entornos sociales e históricos que se encuentra ante sí el formidable poder del Estado.⁵⁷

En conclusión, la idolatría hacia el Estado era la espoleta que le faltaba a Occidente para que saltasen por los aires las tensiones que, fruto de la ausencia de respuestas creativas a las incitaciones derivadas de una extraordinaria expansión geográfica y azuzadas por el creciente poderío del armamento industrializado, se le iban acumulando.

⁵⁷ BARRYCOA, J. (2002). *Sobre el poder en la modernidad y la posmodernidad*. Barcelona: Scire. P 45.

3. Elementos de desintegración en la Civilización occidental

Tras todo lo anteriormente observado, no puede cabernos duda de que el expansionismo geográfico, la idolatría de la técnica y la exaltación del Estado nacional son concomitantes que demuestran, en base a la teoría del *Estudio de la Historia*, una crisis en el *Élan* o cadena incitaciones y respuestas que nos llevaría a diagnosticar que la Civilización Occidental había entrado en colapso. En este nuevo epígrafe estudiaremos si, tras esta debacle, se derivan también en nuestra sociedad las circunstancias subsiguientes que prevé Toynbee en su argumentación.

3.1. El Tiempo de Angustias de Occidente

Siguiendo a la etapa en que Occidente se había *dormido en los laureles*, por cuanto quiso creer que había alcanzado el grado máximo de perfección institucional cuando adoptó al Estado provinciano como sistema político, el siguiente paso fue levantarse y correr en pos de propia destrucción en la representación de una particular *tragedia griega* en tres actos. La ideología nacionalista, actor en esta obra, se confió sobremanera en unos éxtios fútiles (*hartazgo*) y cayó víctima de sus ínfulas de grandeza (*actitud ultrajante*), queriendo lograr por sí y para sí el irrealizable objetivo de alcanzar el predominio mundial que, en realidad, le correspondía intentarlo a la categoría más amplia de la civilización (*desastre*)⁵⁸. Con esta usurpación de papeles acabamos desembocando en unos *tiempos de angustia*, un momento en que la obstinación de abandonarse en los vicios del militarismo lleva a los miembros de una misma sociedad a lesionar el conjunto al que pertenecen.

No resulta muy difícil imaginar que los *tiempos de angustia* de la Civilización occidental se ven consumados en la primera mitad del siglo XX bajo la forma de las dos Guerras Mundiales, cuya derivación última sería el declive definitivo de las potencias Europeas y el cuestionamiento de la viabilidad de todo su futuro. A pesar de que los acontecimientos se desarrollaron en dos actos, separados entre sí por un interludio de veintisiete años, lo cierto es que hemos de entenderlos como un único conflicto, una Guerra Civil Occidental, ya que, en última instancia, la *casus belli* era la misma: se trataba del colofón del expansionismo occidental articulado en Estados que tenía como piedra angular los principios hueros de un mercantilismo que les hacía competir entre ellos.

⁵⁸ Para ver el resumen sobre la actitud activa de dirigirse al colapso V. p. 20 del presente ensayo.

El historiador británico Niall Ferguson, que parte de la ventaja de poder escribir en nuestros días, considera que son tres los factores que permiten explicar el estallido de las hostilidades: el conflicto étnico, la inestabilidad económica y los imperios decadentes⁵⁹. Aunque estas causas se ven reformuladas en otros términos para ceñirse a las circunstancias concretas de Occidente en aquellos momentos, encajan sin problema con la teoría que venimos proponiendo. Esto queda perfectamente explicitado en la manera en que este último autor define el primer elemento: “Por conflicto étnico entiendo la presencia de importantes discontinuidades en las relaciones sociales entre ciertos grupos étnicos, y más concretamente la ruptura de unos procesos de asimilación a veces bastante avanzados”⁶⁰. No cabe duda que tras este enunciado podemos ver aquella “pérdida de la unidad social” que se producía cuando la minoría *creadora* mutaba su epíteto a *dominante* y, entonces, le sobrevinía la incapacidad de fascinar a los pueblos extranjeros para que asimilasen los principios de su civilización. Por el contrario, cada vez cobraba más importancia el *sentido de superioridad ideológicamente construido*⁶¹ que era impuesto por la fuerza, levantando muros cada vez más altos para la trasmisión del alma de una civilización. De ahí al ocaso de los imperios occidentales, que debían canalizar cada vez más energías hacia la industria bélica para, por un lado, asegurar sus dominios contra la disgregación interna y, por el otro, mantener el equilibrio militar para evitar que las pretensiones expansionistas de otros Estados les despojase de lo que creían suyo. Las crisis económicas, por hacerse de los aspectos materiales los pilares sobre los que se erigió toda esta construcción, serían, desde esta perspectiva, los meros detonantes que convertirían este desasosiego en una hostilidad abierta.

En suma, si debiéremos expresar nuestras ideas en la terminología que ya nos es familiar del *Estudio de la Historia*, las controversias que vive el orbe occidental a principios del siglo XX son claros exponentes de un *cisma social*. Esta discordia, asimismo, puede expresarse en un doble sentido: horizontal, si sucede “entre clases geográficamente mezcladas pero segregadas socialmente”⁶² —esto es, la división del cuerpo político en la minoría dominante y sus proletariados que ya hemos analizado—, o vertical, cuando se da “entre las comunidades segregadas geográficamente”⁶³ que componen una civilización. Por las características de nuestro sistema gubernativo de ahora y de entonces, articulado en las células

⁵⁹ V. FERGUSON, N. (2007). *La Guerra del Mundo*. Barcelona: Debate. P. 43.

⁶⁰ *Ibid.*

⁶¹ V. cita de Alejandro COLÁS a propósito del imperialismo en la p. 27 del presente ensayo.

⁶² TOYNBEE, A. (1957). *Estudio de la Historia*. Buenos Aires: Emecé. Vol. V, p. 28.

⁶³ *Ibid.*

dotadas de soberanía de las naciones, está claro que debemos focalizar nuestra atención sobre la primera alternativa. Sus consecuencias, según Toynbee, serán las siguientes:

En el tipo “vertical” de cisma, la articulación de la sociedad en cierto número de estados provincianos provoca una guerra intestina in crescendo entre los miembros nominales de un mismo y único cuerpo social; y esa guerra agota las energías de la sociedad antes de terminar en un golpe decisivo en que sólo sobrevive un único estado, tambaleante y malherido, entre los cadáveres de los combatientes que fueron sus camaradas.⁶⁴

Si comparamos esta parte del análisis de nuestro historiador, escrita entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial, cuando advertía que estaban empezando a producirse los *tiempos de angustia* de Occidente⁶⁵, con otra que redacta cuando ya se había determinado el desenlace de ambas conflagraciones, hemos de hacer constar que no andaba demasiado desencaminado en su propuesta teórica. Así comenta que de las siete potencias que había a principios del siglo XX⁶⁶ sólo habían sobrevivido dos que fuesen “aun capaces de desempeñar el papel de grandes potencias en una lucha por la existencia entre estados parroquiales”⁶⁷: los Estados Unidos de América y Rusia, reconvertida en la Unión Soviética. Las también victoriosas Gran Bretaña y Francia quedaron relegadas, a su pesar, a un segundo plano —e irónicamente bajo el auspicio de lo que fue una antigua posesión colonial—. Lo mismo sucedió, y de forma infinitamente más dolorosa, con Alemania: la nación que había llevado el militarismo a su máxima expresión, amparándose en los pretextos pseudo-científicos del destino manifiesto de la raza aria⁶⁸ para embarcar a su ejército a una expedición suicida contra todo sentido de la racionalidad, veía como la promesa del “Reich de los mil años” se derrumbaba antes de nacer y, a cambio, era despedazada entre las potencias aliadas. Un porvenir semejante le esperaba a Japón, que había emulado los excesos teutónicos al otro lado del mundo, convirtiéndose en el campo de pruebas para el ingenio más destructivo creado por el hombre: la bomba atómica.

En este arma se encarnaba el más puro nihilismo de la técnica que Occidente había idolatrado y, en lo sucesivo, cambiaría la forma de entender la guerra para siempre. De ese momento en adelante, sobre todo cuando la Unión Soviética añadió ojivas a

⁶⁴ *Ibid.*

⁶⁵ V. TOYNBEE, A. (1953). *Estudio de la Historia*. Buenos Aires: Emecé. Vol. IV, p. 19.

⁶⁶ A saber: Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos, Alemania, Rusia, Japón e Italia.

⁶⁷ TOYNBEE, A. (1963). *Estudio de la Historia*. Buenos Aires: Emecé. Vol. XII, p. 19.

⁶⁸ En tal sentido Hermann Göring definió a la Segunda Guerra Mundial como “la gran guerra racial”. V. FERGUSON, N. (2007). *La Guerra del Mundo*. Barcelona: Debate. P. 43.

su arsenal, las perspectivas de enfrentarse a la aniquilación absoluta de la vida en la Tierra serían demasiado patentes como para poder obviarlas. Tal vez la frase más paradigmática de lo que significaría para el hombre el dominio del átomo se exprese en la cita del Bhagavad Gita que evocó Robert Oppenheimer, director científico del Proyecto Manhattan, cuando se realizó la prueba nuclear previa a la utilización militar del ingenio: “Me he convertido en la muerte, el el destructor de los mundos”⁶⁹. Si bien la reflexión más explicativa la encontramos nuevamente de mano de Toynbee cuando comenta que, en un mundo en el que el capitalismo y el comunismo habían despojado al mundo de toda razón de ser que no fuese la del materialismo, los cálculos precedentes a emprender una guerra serían bien distintos:

¿Qué sentido tenía pedir a un devoto sincero del capitalismo o del comunismo que sacrificara la vida con el fin de mantener o mejorar un nivel de vida material terrestre [...], si él conociera de antemano que la bomba de hidrógeno, que causaría su muerte, exterminaría en el mismo estallido a todos los posibles beneficiarios de su sacrificio?⁷⁰

La *Pax Atómica* refundaba así la concepción del militarismo que, en adelante, ya no podría caracterizarse por hostilidades abiertas: la clásica lucha entre Estados, que como hemos visto había sustituido en el imaginario colectivo el antagonismo entre dioses, podía degenerar ahora en un apocalipsis demasiado real. Los Estados Unidos y la Unión Soviética, las dos superpotencias que sobrevivieron a la purga de las dos Guerras Mundiales, sustituirían en la etapa conocida como “Guerra Fría” el método tradicional del enfrentamiento directo por una estrategia de terror que consistiría en la “Destrucción Mutua Asegurada” de ambas si alguna osaba violentar el ámbito de actuación de la otra. Con esta situación, donde había poco que ganar y mucho que perder, estaba claro que debían buscarse otros métodos para buscar soluciones a las discrepancias sin que ello requiriese acudir al uso de la fuerza.

3.2. Estados Universales

La etapa que seguiría al *Tiempo de Angustias* en la cronología propuesta en el *Estudio de la Historia* sería, como vimos en su momento, la del *Estado Universal*; una construcción, consistente en que uno sólo de los antiguos contendientes podía detener la espiral de violencia al forzar una unificación política, cuya finalidad última era la de conseguir una prórroga a la extinción de una sociedad que, de otro modo, resultaría impostergable. En lo relativo a Occidente, Toynbee consideraba en 1939,

⁶⁹ THOMAS, G. y WITTS, M. (2005) *Enola Gay*. Barcelona: Ediciones B. P. 153.

⁷⁰ TOYNBEE, A. (1963). *Estudio de la Historia*. Buenos Aires: Emecé. Vol. XII, p. 153.

apenas seis meses antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial con la invasión de Polonia que este escenario todavía se encontraba demasiado lejano de la realidad de nuestra civilización. Ciertamente, parecía que el modelo político propugnado por Hobbes de un gran Estado-Leviatán que debía concentrar todas las voluntades de un país en una sola voz se había encarnado, con una fidelidad pasmosa, en la fórmula del Estado Totalitario nacionalista y militante que cada vez iba ganando más adeptos. No obstante dichos precedentes, cabe decir que nuestro historiador, cuando elucubraba en torno al altísimo precio que debería pagarse por lograr esta unidad, parecía estar vaticinando los resultados que tendría la segunda fase de la Guerra Civil Occidental; una reedición del periodo de conflictos que desembocaría, tras un doloroso proceso, en que los omnipotentes Estados se viesan “en la necesidad de unirse mediante un efectivo contrato social”⁷¹ para eludir la destrucción.

Ahora bien, ¿por qué hemos puesto por título a este subapartado "Estados Universales" y no "Estado Universal"? Ciertamente, la lógica de lo que hemos venido estudiando nos llevaría a entender que sólo puede haber una única construcción de este tipo en el seno de una civilización si es que desea tener éxito ya que, de existir dos fuerzas cotáneas de igual magnitud, el riesgo a un nuevo choque de catastróficas consecuencias sería demasiado alto como para prever que se establecería una relativa paz durante cierto tiempo. Tal vez nos venga a la mente la imagen de los dos triunfadores de los conflictos mundiales, Estados Unidos y la Unión Soviética, como justificación de este diuvinrato. Ambos, durante los años de la Guerra Fría, tenían por sí solos capacidad suficiente para arrasarse la superficie del planeta varias veces, lo cual era un elemento más que disuasorio para cualquier tercer país de albergar pretensiones que pudiesen alterar el estado de ánimo de estas potencias. De hecho la diplomacia mundial de la segunda mitad del siglo XX se caracterizaba por la denominada “política de los alineamientos” que, en palabras de Samuel P. Huntington, llevaba a que los países se relacionasen “con las dos superpotencias como aliados, satélites, clientes, neutrales [y] no alineados”⁷². De este comportamiento se deduce que había dos poderes que, manteniendo un pugilato entre ellos, controlaban *de facto* el orden mundial y, aunque a base de jugárselo todo en la arriesgada apuesta de la autodestrucción, limitaban considerablemente las escaladas militares. Aunque esta visión no sería infundada, ciertamente no explica la razón verdadera por la que hemos escogido el uso del plural. Más adelante veremos que la Unión Soviética era efectivamente un Estado universal,

⁷¹ TOYNBEE, A. (1953). *Estudio de la Historia*. Buenos Aires: Emecé. Vol. IV. P. 19.

⁷² HUNTINGTON, S. P. (1997). *El choque de civilizaciones*. Barcelona: Paidós. P. 159.

pero no pertenecía a la Sociedad occidental propiamente dicha sino a la Civilización cristiano-ortodoxa; y aunque Estados Unidos ostentaba una clara preminencia política en el “Mundo libre” occidental, sería arriesgado equipararla al dominio que desplegó el Imperio romano sobre la Sociedad helénica.

Por el contrario, utilizamos el plural porque entendemos que ha habido diferentes intentos de crear un *Estado universal* en el seno de Occidente, tanto sucesivos como simultáneos en el tiempo. No hemos de buscar una unidad política efectiva en la que un “super-estado”, al estilo de la metrópolis latina, dirija los destinos de todo el orbe de nuestra civilización. Esto habría significado que se hubiese conseguido dejar atrás las rencillas nacionalistas que habían venido imperando en el funcionamiento de los países y, de paso, se hubiese conseguido una suerte de crecimiento por haber sabido dar respuesta a un antiguo problema. Los *Estados universales*, en cambio, al ser obra de una minoría dominante que carece de un verdadero poder creador y que sólo busca perpetuar el modelo existente en la mayor medida posible, a lo máximo que pueden aspirar es a dar una solución tardía e imperfecta a las incitaciones. Es por eso que no debemos buscar qué entidad soberana sustituye a los Estados provincianos, ya que estos no van a dejar de existir, sino que debemos orientar nuestra investigación hacia entidades de carácter infinitamente más débil que presupongan la existencia de una comunidad internacional compuesta por multitud de miembros.

Las instituciones que encajan mejor con las pretensiones de independencia de las naciones son, salta a la vista, las organizaciones internacionales. Fundadas en base a un tratado internacional, difícilmente pueden suplantar la voluntad de los Estados por los que están compuestas y tienen como finalidad promover el diálogo internacional en un ámbito de actuación concreto. Si repasamos la Historia contemporánea nos encontraremos con un número creciente de corporaciones de este tipo, especializadas en diferentes vertientes de la vida internacional (diplomática, militar o comercial) y abiertas a un número mayor o menor de países (universales o locales). Por nuestra parte vamos a interesarnos en la cronología de una tipología concreta de estas asociaciones, que son las creadas para mantener la paz en Europa y el mundo.

El antecedente remoto de las organizaciones internacionales de este tipo lo encontraríamos en el *Concierto Europeo*, al que hicimos alusión cuando comentamos el inicio del imperialismo de tipo capitalista, que se empieza a articular en el Viejo Continente tras las Guerras Napoleónicas. Aunque no era una institución

en el sentido estricto de la palabra, ya su funcionamiento se articulaba en conferencias ocasionales entre representantes de las principales potencias europeas y no en una labor permanente, ciertamente consiguió mantener cierto nivel de paz en Europa hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial. Ahora bien, no sería hasta después de este conflicto cuando se crease una verdadera organización internacional tal como la entendemos hoy día, ampliando sus competencias al conjunto de toda la sociedad internacional y no limitándose a salvaguardar únicamente los intereses de Europa.

Esta organización internacional recibiría el nombre de *Sociedad de Naciones*, estableciéndose por el Tratado de Versalles de 1919. Resulta relevante a los efectos de nuestra investigación que su carta fundacional se encuentre en el mismo documento que ponía fin de forma oficial a las hostilidades y no en un texto aparte, que hubiese permitido desvincularla de la pugna militar para que realizase su labor de forma más imparcial y encaminada a un futuro más amplio; todo lo cual prueba que no se podía entender a esta organización internacional sin la existencia de un contienda previa que justificase su instauración. Parecía que Occidente, cuyo cuerpo fraccionado en Estados se identificaba ya con la totalidad de la superficie terrestre, por fin contaba con una institución común para el diálogo *inter partes*, si bien no estaría dotada de potestades gubernativas reales y las naciones, como siempre, acabarían teniendo la última palabra. Si de algún modo debiéremos calificar la actuación de este organismo, la opinión que nos merece es la del total fracaso. En ningún momento llegó a ser considerada una verdadera autoridad por el conjunto de la Sociedad Internacional, lo que acabaría desembocando en su incapacidad de impedir una nueva escalada de enfrentamientos globales.

Es así como, tras la Segunda Guerra Mundial, la Sociedad de Naciones sería disuelta y sustituida por un nuevo foro internacional: la Organización de las Naciones Unidas. Nuevamente será el miedo a sufrir la devastación de otra Guerra Universal lo que llevaría a los países a buscar métodos más pacíficos en los que canalizar sus energías. Así las primeras líneas del preámbulo de la Carta de las Naciones Unidas, que entraría en vigor el 24 de octubre de 1945, empiezan con la famosa frase de “Nosotros los pueblos de las Naciones Unidas resueltos a preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra que dos veces durante nuestra vida ha infligido a la Humanidad sufrimientos indecibles”⁷³. De ahí también se deduce que

⁷³ *Carta de las Naciones Unidas, firmada en San Francisco el 26 de Junio de 1945*, Preámbulo. En Naciones Unidas. *Área de documentos* [en línea]. Obtenida el 1 de diciembre de 2010 de <http://www.un.org/es/documents/charter/preamble.shtml>

el modelo de organización de la ONU no se iba a diferenciar demasiado del de su antepasada inmediata, teniendo también por miembros a cada uno de los Estados singulares en los que se compone la sociedad internacional y no a ésta en todo su conjunto. Además, otro aspecto con el que se emulaba a la Sociedad de Naciones era con la instauración de un Consejo Permanente en el que los Estados en él representados estarían dotados de un poder efectivo mucho mayor que el de sus homólogos de la Asamblea General, con la diferencia de que en esa nueva ocasión funcionaría⁷⁴. La idea era, sino reforzar la *auctoritas* de la organización, sí fortalecer en la mayor medida posible su *potestas*. A todo ello hay que añadir un elemento marcadamente simbólico: su sede se encontraría en Nueva York, capital mundial del señorío comercial norteamericano. La Vieja Europa, cuna de la civilización occidental, había sido definitivamente superada por su vástago.

En lo relativo a la valoración de la gestión de las Naciones Unidas, creemos que debemos expresar dos posicionamientos distintos y enfrentados. Por un lado, bajo un punto de vista pesimista y tomando la teoría del *Estudio de la Historia* al pie de la letra, la ONU se perfilaría como una superestructura que coronaría un sistema de Estados nacionales idolizados para no hacerlos desaparecer en un modelo institucional radicalmente distinto que contemplase una unidad política real del conjunto de la civilización occidental. Sería, en pocas palabras, un bálsamo ideado por la *minoría dominante* de turno para aliviar la presión derivada de la desintegración. Por el otro, desde una perspectiva más optimista que partiría de un posicionamiento cercano a la *realpolitik*, realmente hemos de decir que la ONU ha cumplido su labor de mantener la paz de la mejor manera que ha podido. Efectivamente esta variedad de *Estado Universal* se origina de una *palingenesia* posbélica y, por ende, puede no ser la panacea ya que nace del colapso. Aunque sí era la única solución posible. La disolución de los Estados parroquiales en una única comunidad política que viene a propugnar Toynbee es, a todas luces, una utopía. Por el contrario, es suficiente con limitar su poder absoluto y consecuentes excesos para que se recupere el sentido para el que originalmente surgieron: ofrecer respuestas a los retos humanos.

Finalmente hemos de referirnos a una organización internacional de carácter ya no universal sino local: la Unión Europea. Otra vez vuelven a reiterarse los mismos elementos que ya nos eran familiares, aunque con un grado de intensidad

⁷⁴ Cabe comentar que el Consejo Permanente de la Sociedad de Naciones tenía su partida de defunción desde un primer momento: cuando el Senado de los Estados Unidos se negó a ratificar la incorporación del país a la corporación quedó una importantísima vacante que jamás se vería reemplazada, lo cual restaba todavía más fuerzas a las resoluciones que pudiese adoptar.

sensiblemente mayor. Tengamos en cuenta que las potencias del Viejo Continente habían sufrido, en un lapso de cincuenta años, dos ciclos completos de destrucción de su tejido económico y social, la pérdida de su supremacía en todos los ámbitos y la devastación física de sus infraestructuras. El acercamiento debería ser entonces mucho más íntimo y el *Estado universal* debería absorber un número mayor de potestades soberanas, cosa que podía orientarse desde dos perspectivas distintas: la unión política o la integración económica. En su momento se optó, en base a la propuesta del ministro de Asuntos Exteriores francés Robert Schuman, por empezar por la segunda para ir avanzando progresivamente hacia la primera. En palabras de este mandatario:

Europa no se hará de golpe ni en una construcción en conjunto; se hará mediante realizaciones concretas creando primero una solidaridad de hecho. La reunión de las naciones europeas exige que la oposición secular de Francia y Alemania sea eliminada [...]

[Por eso] El Gobierno Francés propone colocar el conjunto de la producción franco-alemana de carbón y acero bajo una Alta Autoridad común en una organización abierta a la participación de los demás países de Europa.⁷⁵

Es antonomástico que la primera de las instituciones europeas creadas para tal fin fuese precisamente la CECA, la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, en 1952. La razón de ser de que se quisiesen integrar en un mercado único estos dos recursos estribaba en que eran los dos elementos imprescindibles para un país si quería hacer la guerra, de forma que se podía evitar el fantasma de una nueva remilitarización. De este germen surgirían cinco años más tarde la Comunidad Económica Europea, para el resto de actividades económicas, y la Comunidad Europea de la Energía Atómica, consumándose cierto sentido de unidad política con la creación de la Unión Europea en 1992 con la firma del Tratado de Maastrich. Ahora bien, a la luz de lo que anteriormente fuimos estudiando de los diferentes componentes que conforman una civilización, hemos de advertir que se han dado primacía a los que Toynbee consideraba más débiles: el económico y el político. Realmente, al menos hasta el momento, no se ha desarrollado un sentido cultural de identidad europea, que sería el elemento de cohesión más profundo. Por eso este *Estado universal europeo*, aunque es una construcción sólida, tiene algunos resquicios por donde puede erosionarse.

⁷⁵ TRUYOL, A. (1972). *La integración europea. Idea y realidad*. Madrid: Tecnos. P 104 y ss. En ABELLÁN, V. y VILÀ, C. (2005). *Lecciones de Derecho Comunitario Europeo*. Barcelona: Ariel. P. 23.

En fin, parece claro que Occidente ha llegado a la edad intermedia entre el tiempo de angustias y su caída definitiva. En lo sucesivo debería pagar el precio de la *petrificación* que, en palabras del *Estudio de la Historia*, exigiría dedicar todas las energías de la civilización en mantener “una supervivencia sin sentido y sin goce”⁷⁶. O, parafraseando a Winston Churchill cuando tomó el timón de la política británica en plena Segunda Guerra Mundial, nuestra sociedad sólo podría ofrecernos “sangre, trabajo duro, lágrimas y sudor”⁷⁷.

3.3. Pérdida de influencia y yermos espirituales

La Civilización Occidental en su conjunto, tras la debacle de los dos grandes conflictos de la primera mitad del siglo XX, tuvo que hacer frente a dificultades en dos planos distintos: uno con el *proletariado externo*, relativo a su relación con el resto de sociedades del mundo, y otro interno, que afectará al espíritu mismo de la sociedad que subsistiría tras el colapso.

Por un lado observamos, desde un punto de vista externo, que la influencia que Occidente había conseguido extender por todos los continentes sufría un rápido retroceso. Ya vimos en un momento anterior de esta investigación⁷⁸ cómo Toynbee antecedió que mientras se daban los *tiempos de angustias* se producía, al mismo tiempo, una separación brusca entre la sociedad que los sufría y su periferia en un proceso que solía traer aparejado un nivel de hostilidad creciente. Con Occidente, por supuesto, no iba a ser menos. Este resquemor, motivado por las antiguas humillaciones, se veía por ejemplo expresado en el comentario que hizo el comandante supremo chino Peng Dehuai durante la guerra de Corea: “Se ha terminado para siempre la época en la que las potencias occidentales podían conquistar un país en Oriente con solo montar unos cuantos cañones a lo largo de la costa”⁷⁹. Efectivamente Occidente, con Estados Unidos a la cabeza, seguiría liderando el mundo durante algunos decenios más en la vertiente económica, pero no cabe duda que su influencia en términos generales sería mucho menor. En tal sentido el historiador Niall Ferguson afirma que “Por muy poderoso que fuera Estados Unidos al final de la Segunda Guerra Mundial —en el apogeo de su imperio

⁷⁶ TOYNBEE, A. (1957). *Estudio de la Historia*. Buenos Aires: Emecé. Vol. V, p. 25.

⁷⁷ CHURCHILL, W. (1940). *Primer discurso ante la Cámara de los Comunes, el 13 de mayo de 1940*. En Churchill Centre and Museum. *Speeches of Winston Churchill: Blood, Toil, Tears and Sweat* [texto en línea]. Obtenido el 30 de Noviembre de 2010 de: <http://www.winstonchurchill.org/learn/speeches/speeches-of-winston-churchill/1940-finest-hour/92-blood-toil-tears-and-sweat> (Traducción propia del original en inglés).

⁷⁸ V. p. 22.

⁷⁹ V. FERGUSON, N. (2007). *La Guerra del Mundo*. Barcelona: Debate. P. 689.

tácito—, seguía siéndolo mucho menos de lo que habían sido los imperios europeos cuarenta y cinco años antes”⁸⁰.

La circunstancia en la que mejor se observa este declive geopolítico para el caso occidental es en el proceso de descolonización, que se llevó a cabo durante las décadas siguientes al fin de la Guerra Civil Occidental y cuya expresión máxima se vería plasmada en las declaraciones anticolonialistas de la ONU que, en 1960, darían el golpe el golpe de gracia a una construcción que ya hacía aguas por todas partes. La legitimación moral de las metrópolis para mantener un control político efectivo sobre terceros pueblos desapareció en la misma medida que su importancia relativa en el nuevo orden internacional y, en no menor grado, que su vitalidad espiritual. Los procesos de asimilación que tomaban a esta sociedad como modelo fueron rechazados de una forma creciente, pues era sencillamente insostenible que habiendo atentado contra sí misma pudiese seguir fascinando al resto del mundo con sus miserias. Occidente, en definitiva, había demostrado que era mortal.

De todos modos, y aunque no se revelaron de modo inmediato, es en la esfera de los problemas etéreos donde Occidente manifiesta sus laceraciones más profundas, esta vez bajo las actitudes que comentamos en el primer epígrafe de la *sensación de hallarse a la deriva* y el *sentido de la promiscuidad*. El primero vimos que se definía como la negación de la autodeterminación, pues se suponía que la libertad del hombre era nula frente a las fuerzas del azar y la necesidad que regían su destino. ¿Qué podemos decir del estado de la situación en nuestra civilización? Dedicamos un subapartado a comentar el problema de la idolatría de la técnica efímera que, en su versión occidental, había adoptado la forma de un progreso científico que tenía como finalidad última descubrir el enunciado de las leyes de la naturaleza. Claro está, si la ciencia ocupaba cada vez más espacio en el alma de los hombres y hacia ella se dirigía la fe del racionalismo, la consecuencia lógica sería considerar los comportamientos del hombre iguales a los de un autómeta. De esto mismo se da cuenta también Toynbee, quien realiza el siguiente comentario al respecto:

Observaremos [en nuestro mundo occidental] que nuestros físicos modernos han adoptado el credo del determinismo con la decisión de Demócrito, y en la esfera de las ciencias humanas nuestros filósofos moralistas se han mostrado más dispuestos a seguir el ejemplo de los físicos.⁸¹

⁸⁰ *Op. cit.*, p. 43.

⁸¹ TOYNBEE, A. (1957). *Estudio de la Historia*. Buenos Aires: Emecé. Vol. V, p. 436.

Acto seguido describe otros ámbitos en los que también se extiende el “imperio del determinismo”, entre los que cabría destacar la esfera económica por la filosofía propugnada por el marxismo. El capitalismo, a su vez, aunque en apariencia se decantaría más por la vertiente del azar, al final llega a un desenlace semejante. Esta ideología, cuyos principios se basan en el axioma del *laissez-faire*, en términos muy generales vendría a sostener la contradicción de que el comportamiento libre y egoísta de los hombres al final acaba resultando en el bien común para todos. En este punto nos parece interesante reflejar la reflexión que realiza Javier Barrycoa a propósito dicha construcción teórica.

La incongruencia moral de este planteamiento (del egoísmo sale el bien) sólo puede ser salvada si se considera la economía como un sistema que trasciende la acción y la voluntad individual. En esto coinciden el marxismo y el liberalismo. [...]

Pero además supone que el hombre es un ser esencialmente individualista y egoísta y el bien que se genera de sus acciones es indirecto, y por tanto no tiene ningún valor moral. La economía considerada como un sistema de leyes que trasciende la acción humana presupone un hombre amoral (sus actos no se ordenan a ningún fin) y por lo mismo un hombre ahistórico (un hombre que no actúa en la historia). [...] De ahí la curiosa situación del hombre moderno: mientras que acepta que todo su destino está en manos de leyes económicas irrefutables en las que no puede intervenir, por otro lado se afana en autorrealizarse individualmente.⁸²

La primera parte de la cita plasma la misma idea que acariciábamos de que ambas cosmovisiones se fundamentaban en la incapacidad de la persona para tomar decisiones sobre el transcurso de los acontecimientos, quedando sometido al despotismo de unas leyes sobre las cuales carece de ascendencia. La segunda nos ilustra los no menos importantes efectos espirituales de esta dinámica: la inmoralidad y ahistoricidad del individuo o, lo que es lo mismo, la total desvinculación de los actos humanos con sus consecuencias. Esto, sin embargo, no va a impedir que el hombre siga intentando autorrealizarse, si bien el mecanismo será muy distinto al de la autodeterminación de la época de crecimiento. Lo que nos encontraremos será un *abandon*, que es definido por Toynbee como “un estado de espíritu en que se acepta la antinomia –consciente o inconscientemente, en teoría o en la práctica– como un sustituto de la creación”⁸³. O dicho con otras palabras, si

⁸² BARRYCOA, J. (1999). *El Trabajador Inútil*. Barcelona: Scire. P 89 y s. Esto mismo es observado en términos muy similares en TOYNBEE, A. (1963). *Estudio de la Historia*. Buenos Aires: Emecé. Vol. XII, p. 82.

⁸³ TOYNBEE, A. (1957). *Estudio de la Historia*. Buenos Aires: Emecé. Vol. V, p. 408.

nada es bueno o malo por sí mismo el hombre puede *abandonarse* perfectamente a sus apetitos, prescindiendo por completo de cualquier sentido de verdad y careciendo de ánimos para luchar contra los retos que se le vayan planteando. De esta manera, huelga decirlo, cualquier tipo de avance social brillará del todo por su ausencia para ser sustituido por el inmovilismo.

Por otro lado hemos de referirnos al *sentido de la promiscuidad*, entendido como la bienvenida de todo bien cultural que provenga de una sociedad distinta a la receptora. Para ilustrar cómo ha ido cambiando la consideración hacia los aportes culturales extranjeros, creemos oportuno referirnos a cierta anécdota a la que hace alusión Niall Ferguson para mostrar cuál era la opinión que se tenía de Oriente a finales del siglo XIX⁸⁴. En líneas muy generales, el Kaiser Guillermo II le envió al Zar Nicolás II una pintura en la que se representaban unas alegorías de las principales potencias europeas que estaban a punto de enfrentarse a la sombra de un Buda envuelto en llamas que estaba a punto de destruir una ciudad cercana. Esta imagen, a pesar de su radicalidad –no olvidemos que se fundamentaba en las ínfulas de superioridad racial que servían para escudar una política expansiva que se apoyaba fundamentalmente en la fuerza de las armas–, describe bastante bien la animadversión hacia los productos culturales de Asia en particular y del resto de sociedades en general. Según Toynbee, sólo “trivialidades tales como la predilección por comidas y bebidas exóticas”⁸⁵ podían tener cierto éxito en su irradiación hacia Occidente, mientras que se tenían fuertes reticencias para con los elementos culturales más profundos. De entonces a ahora la impresión hacia este *alter orbis* ha sufrido un giro copernicano y una crítica como la del cuadro se estaría totalmente fuera de lugar. Hoy día la permeabilidad y anuencia, basadas en la carencia de convicciones propias, han logrado que Occidente haya querido buscar en su particular “Shangri-La” de la filosofía oriental los aprovisionamientos espirituales que su propia cultura no le aportaba. En suma, nuestra civilización había dejado de ser un universo autosuficiente en significados y, por eso, debía buscar en otras fuentes los elementos de los que carecía.

Asimismo, y aunque comentarlo casi pueda resultar una obviedad, no es de menor importancia la institucionalización del inglés como lengua franca. Un componente más que nos lleva advertir mejor la panmixia cultural existente en el orbe occidental y de todo el mundo.

⁸⁴ FERGUSON, N. (2007). *La Guerra del Mundo*. Barcelona: Debate. P. 118 y s.

⁸⁵ TOYNBEE, A. (1963). *Estudio de la Historia*. Buenos Aires: Emecé. Vol. XII, p. 83.

4. Tiempo de profecías

En esta última sección del trabajo, de naturaleza eminentemente especulativa, llega el momento para que intentemos responder a la pregunta que nos ocupa desde el principio de cuáles son las perspectivas de futuro que, actualmente, se perfilan como previsibles para nuestra Civilización occidental.

4.1. ¿El final de la Historia y el triunfo de Occidente?

A pesar de que hasta el momento nuestros elementos de análisis no nos hacen ser precisamente proclives al optimismo, creemos que no debemos focalizarnos únicamente en propuestas catastrofistas y, por el contrario, para no perder la visión de conjunto, debemos conceder la oportunidad de expresión a alguna previsión que se contraponga a los dictados de nuestro juicio y propugne la victoria de Occidente. Posiblemente el mayor panegírico a este triunfo lo encontremos de la mano del politólogo estadounidense Francis Fukuyama en su obra de *El fin de la Historia y el último hombre*, escrita a raíz del colapso de la Unión Soviética y cuya tesis quedaría sintetizada en las siguientes líneas:

Al llegar al final de la historia no quedan ya competidores ideológicos serios para la democracia liberal. En el pasado hubo quienes rechazaban la democracia liberal porque la consideraban inferior a la monarquía, la aristocracia, la teocracia, el fascismo, el totalitarismo comunista o cualquier ideología en la que creyeran. Pero ahora, fuera del mundo islámico, parece haber un consenso general que acepta la pretensión de la democracia liberal de ser la forma más racional de gobierno, o sea, el Estado que satisface más plenamente ya el deseo racional, ya el reconocimiento racional.⁸⁶

Ciertamente, a principios de la década de 1990, las perspectivas no podían ser mejores para la democracia liberal y el “Mundo libre” de Occidente. Por fin caía su archirrival ideológico, la quimera comunista, y el orden que representaba la ahora hiperpotencia de Norteamérica no se iba a encontrar con rivales de importancia. De esta manera, agregaba el autor, era posible que “la idea de una historia universal y direccional u orientada que conduce hacia la democracia liberal aparezca como más plausible y que se desvanezca, por así decirlo, el callejón sin salida relativista en que se ha metido el pensamiento moderno”⁸⁷. O lo que es lo mismo, la Historia de la humanidad en su conjunto –sin que cupiese diferenciar en ella diferentes

⁸⁶ FUKUYAMA, F. (1992). *El fin de la Historia y el último hombre*. Barcelona: Planeta. P. 289.

⁸⁷ *Op. cit.*, p. 446.

sociedades— se había articulado desde el principio en base a un modelo de progreso en sentido lineal que, finalmente, llegaba a su fin con la conquista definitiva de la democracia que abanderaba Occidente. Por ese motivo las teorías de Toynbee y Spengler son abiertamente criticadas —al igual que igualadas sin realizar distingo alguno, sobre todo en lo que se refiere al elemento determinista— por Fukuyama, quien las consideraba erróneas por dividir “la historia en las historias de diferentes pueblos [...], cada uno de los cuales consideraban sometido a ciertas leyes uniformes de crecimiento y decadencia”⁸⁸; todo lo cual volvía a una concepción cíclica del tiempo, rompiendo de esta forma con “la tradición, iniciada por los historiadores cristianos y culminada con Hegel y Marx, de una historia unitaria y progresiva de la humanidad”⁸⁹. De este modo, en tanto que estas dos concepciones son contrapuestas y excluyentes, es imperioso que debamos discutir cuál es la que mejor se ajusta a la realidad.

Tomemos como punto de partida el *Estudio de la Historia*, en concreto las opiniones que vierte a propósito de la Unión Soviética. Anteriormente, cuando indagábamos cuál podría ser el *Estado Universal* de nuestro tiempo, adelantamos que el Imperio Ruso y su sucesor político eran efectivamente instituciones de este tipo, si bien de una sociedad distinta a la Occidental: la Civilización Cristiano-Ortodoxa. Este *Estado Universal* ruso, cuya fundación Toynbee sitúa en el 1478 d.C con la unión de Moscovia y Novgorod, paulatinamente iba siendo absorbido por el orbe occidental, dándose los pasos más importantes en este sentido a partir de los últimos años del siglo XVII durante el reinado de Pedro I El Grande⁹⁰. De esta forma el Imperio de los zares iba perdiendo su identidad como sociedad distinta a Occidente para irse asimilando cada vez más a sus tejidos. ¿Cómo se podía evitar esto? Ciertamente, la diferencia de potencial entre los poderes creadores de ambas sociedades era demasiado intenso como para que de la propia Rusia surgiese una réplica que fuese capaz de detener ese proceso y revitalizar la diferencia. Por eso se tuvo que recurrir a una crítica del modelo social, político y económico occidental que había surgido en el seno de la propia Civilización Occidental: el comunismo.

Una prueba de que esta ideología debía entenderse como el arma arrojada que, fraguada en los hornos de Occidente, servía en manos ortodoxas para evitar el avance de su invasor se encuentra, como ejemplo paradigmático, en la cardinal diferencia entre lo que propugna su modelo teórico y lo que luego fue su aplicación

⁸⁸ *Op. cit.*, p. 110.

⁸⁹ *Ibid.*

⁹⁰ Para observar con más detalle los procesos que aquí condensamos V. TOYNBEE, A. (1953). *Estudio de la Historia*. Buenos Aires: Emecé. Vol. IV, p. 95-111.

práctica. Una de las claves del marxismo es su internacionalismo, el deseo de que se instaure el paraíso socialista en todo el planeta, pero la Unión Soviética sólo miraba por sí misma y, aunque sus imperativos axiológicos así se lo exigían, no tenía entre sus metas el ecumenismo. Esto se puede observar en el resultado de la pugna entre lo que Trotsky y Stalin pretendían que fuese el país tras la muerte de Lenin. El primero, por un lado, creía en la “revolución permanente”, que implicaba que la Madre Patria debía extender su modelo apoyando al proletariado de las diferentes naciones en su levantamiento contra la dominación burguesa. Mientras, el segundo abogaba por un “comunismo en un solo país”, consistente en limitar el alcance de la Revolución a las fronteras del Estado en el que había triunfado hasta que, teóricamente, se asegurase allí el éxito de la empresa. La postura de Stalin, aunque contraria a la ortodoxia del comunismo, era paradójicamente la alternativa más lógica y, por consiguiente, fue la que se alzó con el éxito. Al fin y al cabo, no lo olvidemos, la Unión Soviética era la refundación de un Estado Universal ruso y, como tal, su razón de ser estribaba en evitar la disgregación de su cuerpo político. Hay, por lo tanto, un claro correlato entre la política eminentemente nacionalista de Stalin y la *petrificación* en el crecimiento que caracteriza a las sociedades que ya han sufrido un colapso.

De hecho, si Fukuyama se hubiese preocupado en examinar el *Estudio de la Historia*, habría leído cómo Toynbee predice la caída del ideal comunista cuando todavía no había transcurrido ni un cuarto de siglo del triunfo de la Revolución rusa de 1917. Tomando las palabras literales del historiador británico:

Si no nos equivocamos en esta previsión, el destino del pretendido movimiento mundial comunista ha de frustrarse por tres razones: primero, porque se halla aprisionado en las fronteras de un único estado provinciano; segundo, porque ha degradado a una variedad local de nacionalismo, luego de haber comenzado su carrera como panacea social para toda la humanidad; y, finalmente, porque ha visto que el estado particular que lo ha esclavizado se ha venido asemejando gradualmente a los otros sesenta o setenta estados del mundo contemporáneo, acercándose a un tipo estándar común.⁹¹

En definitiva, tras el comunismo lo que en realidad subyacía era el intento de la Civilización Ortodoxa del Imperio Ruso de distanciarse del orbe occidental, lo cual también conllevaba que compartiesen bastantes rasgos comunes al articularse ambas por medio de la institución política del Estado. Desde esta perspectiva este

⁹¹ TOYNBEE, A. (1957). *Estudio de la Historia*. Buenos Aires: Emecé. Vol. V, p. 197. Para analizar la descripción que el mismo autor realiza a propósito del fenómeno del comunismo V. *Op. cit.*, p. 188-199.

último autor consideraría incluso que comunismo y capitalismo serían conceptos intercambiables, por cuanto se refieren a un “uniforme e idolátrico culto de la comunidad en un estado «totalitario» provinciano estandarizado”⁹².

En cualquier caso, evitando entrar en disquisiciones más profundas sobre los parecidos entre las dos ideologías en pugna durante el siglo XX, con todo lo anteriormente visto podríamos intentar admitir la propuesta de *El fin de la Historia y el último hombre* no en su integridad pero sí hasta cierto punto. Diríamos que tal vez el derrumbamiento del Telón de Acero no consumó la total victoria de Occidente como civilización definitiva, pero sí que supuso la asimilación definitiva de la sociedad ruso-ortodoxa –que pasaría de “occidentalizada” a “occidental”– y, por lo tanto, el sistema democrático-liberal quedaría más fortalecido en términos generales. Efectivamente esto sería un motivo de tranquilidad y de esperanza de que el proyecto de Occidente no iba a detenerse y podría seguir creciendo, incluso tras haber sufrido su *tiempo de angustias* en el conflicto fratricida que se extendió a lo largo de la primera mitad del siglo XX. Ahora bien, creemos que debemos atemperar nuestras alegrías ya que, en el fondo, tras este triunfo, tal vez se halle el preludio de la desintegración de nuestra propia civilización.

En un momento anterior de esta tesina observamos cómo en las *marcas*, las zonas de una civilización sujetas a la presión de otra sociedad, se se lograban mayores logros pues el nivel de las incitaciones era más intenso; y que cuando desaparecía el impedimento, poco a poco, también se iban debilitando poco a poco las virtudes que hicieron posible la resistencia. Aunque pueda resultar aventurado, tal vez podamos hacer una analogía de este escenario con la situación existente durante la Guerra Fría ya que, cuando los misiles intercontinentales de las dos superpotencias se retaban mutuamente a la aniquilación, ¿no se estaba haciendo de todo el mundo una *marca*? Verdaderamente nos es difícil pensar en un estímulo más formidable, que exigía un continuo esfuerzo (diplomático, militar, científico o de cualquier otro tipo) aunque sólo fuese para mantener el *status quo*. Es lógico que en el momento en que el empuje soviético flaqueó el competidor occidental, liderado por Estados Unidos, adquiriese suficiente inercia como para dar un rapidísimo avance hacia la meta del “Fin de la Historia” por no encontrarse con ninguna resistencia a su hegemonía. No obstante ello, acelerar no asegura ganar la carrera, sino obtener una ventaja que puede perfectamente llevar a perderla. *Dormirse en los laureles* es la

⁹² *Op. cit.*, p. 198.

tentación por excelencia del ganador de un duelo y evocar de continuo su victoria hace que el sueño sea cada vez más profundo.

Está claro que Fukuyama escribe su ensayo justo en el momento en que se rompían los diques de contención de Occidente y sus aguas, con la furia de la presión acumulada, lo arrasaban todo a su paso. Ahora que ya han pasado casi veinte años desde que este autor escribiera sus líneas, es difícil sostener unos posicionamientos tan gozosos sobre el destino de nuestra civilización en un mundo que ha cambiado la bipolarización por la multipolarización y en el que su imperio ha ido perdiendo la capacidad de fascinar. Nos parece interesante transcribir el comentario que realiza Huntington a propósito de este menoscabo en el poder de influir de Occidente en contraste con su deseo, todavía presente aunque igual anacrónico, de seguir siendo el modelo a seguir por excelencia:

El problema fundamental de las relaciones entre Occidente y resto del mundo es, por consiguiente, la discordancia entre los esfuerzos de Occidente –particularmente de los Estados Unidos– por promover una cultura occidental universal y su capacidad en decadencia para conseguirlo.

El hundimiento del comunismo exacerbó esta discordancia, reforzando en Occidente la opinión de que su ideología, el liberalismo democrático, había triunfado a escala mundial y, por tanto, era universalmente válida. Occidente [...], cree que los pueblos no occidentales deben comprometerse con los valores occidentales de democracia, mercados libres, gobierno limitado, derechos humanos, individualismo, imperio de la ley, y deben incorporar dichos valores en sus instituciones. En otras civilizaciones hay minorías que aceptan y promueven estos valores, pero bajo las actitudes dominantes hacia ellos en las culturas no occidentales van del escepticismo generalizado a la oposición radical. Lo que para Occidente es universalismo, para el resto del mundo es imperialismo.⁹³

Recuperemos otra vez el vaticinio de *El fin de la Historia y el último hombre*. A la luz de lo que deducimos con la información de la que disponemos, parece que el avance de la democracia liberal no va a ser tan firme como estaba planeado. Para empezar nos encontramos con que el *caveat* que plantea el autor a propósito del mundo islámico se ha mutado en un *non servire*, rechazándose los valores “racionales” del sistema sociopolítico de Occidente para reafirmar los propios. A esto hay que añadir que el movimiento democrático que se estaba dando en China por entonces quedó aplastado en Tiananmen por el supuestamente inferior totalitarismo

⁹³ Huntington, S. P. (1997). *El choque de civilizaciones*. Barcelona: Paidós. P. 217

comunista⁹⁴, por no hablar de los nuevos focos de tensión y los equilibrios de poder que hacen de la actualidad un escenario dinámico. La concepción de Fukuyama de la historia entendida “como un proceso único, evolutivo y coherente”⁹⁵ queda de esta manera como una ilusión fruto de un éxtasis momentáneo. Hoy día la clave vuelve a encontrarse, como siempre lo ha estado, en la relación intercivilizatoria.

4.2. El reto de la democracia

Aprovechando el hilo argumental que nos proporcionan las reflexiones de Fukuyama en torno al supuesto triunfo de la democracia liberal tras la Guerra Fría, podemos recuperar una idea que ya enunciábamos cuando nos referíamos a los objetos que eran idolatrados por Occidente y que, como dijimos, debería ser analizada más adelante por su trasfondo moral: la posibilidad que concebamos a la democracia, tal cual está planteada en Occidente, como un bien absoluto.

Sin caer en tentaciones de corte metafísico o escatológico, sino tomando nuestras consideraciones desde una perspectiva eminentemente práctica, ciertamente la democracia plantea una ventaja fundamental en comparación con otros sistemas políticos y que juega a favor de la sociedad que la adopta. Ya comentamos que Toynbee propugnaba que la *minoría creadora* que era capaz de enfrentarse a una incitación concreta presumiblemente fracasaría cuando se le presentase un reto de distinta naturaleza al que plantó cara, motivo por el cual debía producirse un relevo generacional en la élite si se quería mantener el *Élan* de crecimiento. Pues bien, la democracia facilitaría que se produjese esta sustitución en la élite ya que, desde un punto de vista teórico, permite que haya un cambio en el gobierno sin que deba operarse al mismo tiempo una transformación en el régimen político. De esta manera se podría seguir el camino del reajuste paulatino de las estructuras sociales y no el de la revolución, mucho más traumático, para seguir en el camino del crecimiento. En otras palabras, sería el método con el que se podría garantizar una mayor estabilidad en el momento en que se introducen nuevos retos ya que podría hacerse con el poder quien estuviere mejor preparado para afrontarlos. No obstante lo anterior, hemos de cuestionarnos si el sistema es tan perfecto en la práctica como

⁹⁴ A propósito del comunismo en China, Toynbee comenta que la incorporación de esta ideología al acervo cultural de esta civilización responde a motivaciones muy similares a las rusas, en tanto que “el movimiento chino antioccidental [...] en 1925-7 d. de C. trató de proseguir hasta el final su batalla perdida pidiendo prestadas al comunismo ruso sus armas exóticas una vez que las nativas se hubieron desacreditado con el levantamiento boxer de 1900 d. de C. TOYNBEE, A. (1953). *Estudio de la Historia*. Buenos Aires: Emecé. Vol. IV, p.

⁹⁵ FUKUYAMA, F. (1992). *El fin de la Historia y el último hombre*. Barcelona: Planeta. P. 12.

en su planteamiento ya que, si degenerase, por su formulación fundamentada en la razón, se convertiría en una *monstruosidad* presumiblemente persistente.

Si hacemos un poco de arqueología jurídica, encontraremos concretadas las ideas que antes enunciábamos en uno de los textos fundamentales de la Revolución Francesa, la *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano* de 1789. En concreto en su artículo sexto se establecía lo siguiente:

La Ley es la expresión de la voluntad general. Todos los Ciudadanos tienen derecho a contribuir a su elaboración, personalmente o a través de sus Representantes. Debe ser la misma para todos, tanto para proteger como para sancionar. Además, puesto que todos los Ciudadanos son iguales ante la Ley, todos ellos pueden presentarse y ser elegidos para cualquier dignidad, cargo o empleo públicos, según sus capacidades y sin otra distinción que la de sus virtudes y aptitudes.⁹⁶

Efectivamente este sería un sistema ideal de gobierno, muy cercano a la utopía platónica en el sentido de que gobernarían los que estuviesen más capacitados para discernir lo que es el bien —o, en el lenguaje de Toynbee, los que pudiesen responder a las incitaciones más eficazmente—. Ahora bien, todos tenemos en mente lo que sucedería en la Francia revolucionaria no mucho tiempo después de proclamarse este manifiesto: el Reinado de Terror, la némesis absoluta de los principios sobre los que pretendía erigirse un nuevo mundo. La irrupción de esta política demuestra que faltaba algo en la ecuación de la democracia, pues no pudo impedir que se llegase a tamaña perversión.

Tal vez no debamos ir demasiado lejos para encontrar la pista que nos ayude a desvelar dónde puede encontrarse la pieza perdida, ya que se encuentra explícitamente enunciada en el mismo extracto antes reproducido: la “voluntad general”. La democracia se entiende como la expresión de la voluntad del pueblo, lo cual trae aparejado un peligro: que se exalte ese componente por encima de todo principio y se desemboque, valga la redundancia, en el mero voluntarismo. La consecuencia lógica sería una suerte de nominalismo, un sistema en el que no existiría nada bueno o malo por sí mismo y donde el único límite se encontraría en las querencias de la sociedad. Esta interpretación, en puridad, se enfrentaría al pensamiento de Toynbee, quien consideraba que las sociedades se dividían en una “minoría” (creadora o dominante) que ostentaba el poder y una “mayoría no

⁹⁶ *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1789*, artículo 6. En Consejo Constitucional de la República Francesa. *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1789* [texto en línea]. Obtenido el 5 de diciembre de 2010 de: http://www.conseil-constitutionnel.fr/conseil-constitutionnel/root/bank_mm/espagnol/es_ddhc.pdf

creadora” que seguía sus directrices. Ahora bien, esto encaja perfectamente con el modelo de democracia representativa, en el que las decisiones políticas son tomadas de manera efectiva por un cuerpo político reducido que, en última instancia, responde ante el resto del pueblo. De esta manera el esquema del *Élan* y la *mímesis* será exactamente el mismo al del resto de civilizaciones, con la sola diferencia que podría resultar más sencillo sustituir a la minoría si perdiese su poder creador.

¿Adónde nos llevaría todo esto? Sencillamente hemos de combinar todos los elementos antes vistos para llegar a una conclusión. Si dentro de un sistema democrático una minoría creadora pasase a ser dominante, no le quedaría más remedio que caer de su pedestal por perder la confianza de la mayoría no creadora sobre la que se apoya. Pero aquí es donde entra en juego la *mímesis* o adiestramiento social, que serviría para rescatar de su condena a la casta inútil y mantenerla en su posición hasta que devenga el colapso. La clave estaría en potenciar el nominalismo escudándose en el absolutismo de la voluntad: negar que pueda existir una verdad permanente o una respuesta última a las incertidumbres para ofrecer, a cambio, el agradable deleite del hedonismo a corto plazo. El proletariado interno se sentirá desarraigado y extrañado pero, aunque los tuviese al alcance de la mano, sería incapaz de blandir los instrumentos que le permitirían cambiar la situación.

La forma como se logra perpetuar esta dinámica es, como no, por medio de la educación, la herramienta con que la minoría dominante logra el adiestramiento social. Tal como comenta Émile Durkheim, “toda educación consiste en un esfuerzo continuo para imponer al niño los modos de ver, sentir y obrar que él no hubiera adquirido espontáneamente”⁹⁷; o lo que es lo mismo para el caso que nos ocupa, si desde un primer momento se conmina a pensar de una forma determinada, al final se conseguirá dirigir los resultados de la democracia por dejar un abanico muy estrecho de opciones políticas que puedan encajar en los esquemas mentales de la ciudadanía, los cuales habrán sido previamente modelados por la élite en el poder para no ser derrocada. Por ello el sistema educativo deberá irse empobreciendo y reduciendo progresivamente su nivel de exigencia, para mantenerse siempre por debajo de una minoría dominante cada vez más depauperada.

Hasta ahora hemos utilizado fórmulas impersonales para formular la teoría pero, ¿no estamos haciendo un retrato bastante preciso del panorama que nos presenta

⁹⁷ DURKHEIM, E. (1986). *Las reglas del método sociológico*. Barcelona: Orbis. P. 41.

actualmente Occidente? El tributo último que deberemos pagar, como ya hemos dicho, será el colapso por la incapacidad de aportar respuestas a las incitaciones; si bien, al mismo tiempo, habrá una sensación de naufragio moral ya que se nos ha enseñado que no hay ninguna verdad a la que asirse y que la ley es sólo “expresión de la voluntad general”. Este relativismo en el plano ético es el correlato de lo que ya observamos en la idolatría de la técnica, la cual se fundamentaba en el método filosófico falsacionista para construir sus apotegmas. De esta manera las alternativas que nos presenta la ciencia, aunque aboquen al nihilismo o a la inhumanidad, pueden ser perfectamente aprovechadas. Sencillamente, no hay ningún freno. Así llegamos a la curiosa ironía de que la sociedad que ha conseguido los más fecundos conocimientos científicos, el mayor desarrollo tecnológico de la historia humana y que –al menos sobre el papel– era capaz de gobernarse a sí misma, carezca de medios reales para administrarse sus tesoros. Parece que hemos fracasado en lo más importante, lo que según Toynbee marcaba la diferencia entre seguir creciendo o caer en picado hacia la ruina: la capacidad de autodeterminación. Aunque hayamos triunfado sobre el contorno y hayamos sorprendido al mundo con nuestra capacidad para la creación y la destrucción, al final hemos sido incapaces de aportar respuestas a las mucho más acuciantes incertidumbres de nuestra propia alma.

4.3. Ausencia de significados y caída

Huntington comenta que tras el hundimiento del universo soviético la pregunta de “¿De qué lado estás?” había sido reemplazada por un interrogante de naturaleza mucho más profunda: “¿Quién eres?”⁹⁸. Con ello quería decir que, en adelante, la antigua política de los alineamientos debía dar paso a un sentido de identidad cultural de cada país para con la civilización a la que pertenece, lo cual “define el lugar del Estado en la política global, sus amigos y sus enemigos”⁹⁹. Las naciones de Occidente saben a qué civilización pertenecen pero, a tenor de lo que hemos ido observando, les puede ser difícil justificar las motivaciones últimas de lo que dicha vinculación implica. Esto sucede así porque nuestra sociedad ha renunciado a sus propias raíces culturales, el elemento que aporta el sentido primordial de identidad, queriendo así avanzar más rápido hacia su universalización. Aplicando la lógica del *Estudio de la Historia*, efectivamente se conseguían resultados más rápidos, pero también más aparentes, ya que en realidad se estaban desagregando las diferentes piezas que juntas articulan el mecanismo de una civilización para aumentar la velocidad de los mucho más superficiales componentes político y económico. A todo

⁹⁸ HUNTINGTON, S. P. (1997). *El choque de civilizaciones*. Barcelona: Paidós. P. 147.

⁹⁹ *Ibid.*

ello hay que añadir que este abandono no ha sido simultáneo por todas las civilizaciones del planeta, sino unilateral por parte de Occidente, lo cual agrava el estado de debilidad que de ahí se desprende.

En definitiva, Occidente queda abandonado a la deriva de un relativismo moral de consecuencias catastróficas. No es sólo contestar quiénes somos de una manera escueta, sino también disponer de significados que nos permitan interpretar una realidad de suyo compleja para poder actuar en ella en consecuencia. En tal sentido Daniel Bell hace la siguiente reflexión en su obra *Las contradicciones culturales del capitalismo*:

Toda sociedad trata de establecer un conjunto de significados mediante los cuales las personas pueden relacionarse con el mundo. [...] Estos significados están encarnados en la religión, la cultura y el trabajo. La pérdida de significados en estos campos origina un conjunto de incomprendiones que la gente no puede soportar, y acucian, con carácter de urgencia, a la búsqueda de nuevos significados, para que todo lo que quede no sea una sensación de nihilismo, o el vacío.

Por más que se ensalce el poder de la voluntad, axioma del sistema democrático moderno, detrás debe haber algo que le dé sentido para no caer en el absurdo. Esa es precisamente la razón de ser de la cultura, sobre la que se cimienta la construcción de la civilización: aportar verdades para sobrevivir a la incertidumbre. Esto es lo que deducimos de aquel fragmento de la clásica obra de *El político y el científico* en el que Max Weber nos confrontaba al “campesino de los viejos tiempos [que] moría *viejo y saciado* de vivir”¹⁰⁰ con el “hombre civilizado, [que] inmerso en un mundo que constantemente se enriquece con nuevos saberes, ideas y problemas, puede sentirse *cansado de vivir*, pero no *saciado*”¹⁰¹. En esto coincide el sociólogo Zygmunt Bauman, quien en su acertado diagnóstico sobre la actualidad comenta que nos enfrentamos a una “realidad de una multitud de significados y una irremediable escasez de verdades absolutas”¹⁰²; significados que, según este mismo autor, flotan en unos “tiempos líquidos” de mareas cambiantes en los que es difícil encontrar un paradigma que resista la discusión o la duda¹⁰³.

¹⁰⁰ WEBER, M. (1969). *El político y el científico*. Madrid: Alianza. P. 201.

¹⁰¹ *Ibid.*

¹⁰² BAUMAN, Z. (2010). Discurso en la entrega del Premio Príncipe de Asturias 2010 de Comunicación y Humanidades. En Premios Príncipe de Asturias (2010). *Discurso de Zygmunt Bauman* [texto en línea]. Obtenido el 8 de diciembre de 2010 de: http://www.premiosprincipe.com/index2.php?option=com_content&do_pdf=1&id=485

¹⁰³ *Passim* BAUMAN, Z. (2010). *Tiempos líquidos*, 3ª ed. Barcelona: Tusquets.

Ésta es una manera distinta de relatar la crisis de la autodeterminación a la que nos referíamos hace escasos instantes, ya que la incertidumbre incontestable sólo puede surgir de la ausencia de una minoría creadora que dé respuestas creativas a las incitaciones, cada vez más etéreas, que se vayan planteando. El eje principal sobre el que orbitarán las discusiones sociales deberá ser entonces un elemento que, desde un punto de vista ético, resulte lo más superfluo posible. Dicho factor lo identificamos como la economía, de la que dijimos que era un sistema que hacía del hombre un ser amoral y que, en cierto modo, dirigía su acción hacia un fin con independencia de su voluntad.

La importancia que tiene la vertiente económica para Occidente está fuera de toda duda. Un ejemplo curioso, pero no por ello menos significativo, de cómo ha llegado a convertirse en una ambivalencia la buena marcha de la economía con el crecimiento en todos los sentidos lo encontramos en el eslogan informal de la campaña del entonces candidato a la Presidencia de los Estados Unidos Bill Clinton que, sin disimulos ni tapujos, proclamaba "It's the economy, stupid!". Con esta sencilla frase conjuraba una política en la que los intereses crematísticos serían esenciales, en contraste con la prioridad que se dio a la política exterior durante las Administraciones de Reagan y Bush, dando a entender que era ahí donde residían las esperanzas de futuro para la nación norteamericana. En cualquier caso, este sentimiento es compartido por todo Occidente ya que depositamos nuestra seguridad en el poderío económico que nos ha venido acompañando desde que se inició la Revolución industrial a finales del siglo XVIII; una prosperidad que, sin duda, se veía ensalzada por el contraste existente con el resto del mundo no occidental. Se intentaba justificar de esta manera el desarraigo y resentimiento del proletariado interno, que se sentía "despojado de su puesto atávico en la sociedad"¹⁰⁴, con la excusa de que se había mejorado su nivel de vida antes miserable. Ahora bien, la inquietud era mucho más profunda e insondable de lo que este bálsamo era capaz de aliviar y, con el paso del tiempo, se iría larvando el germen que terminaría por deshacer esta ilusión.

Basta con que observemos algunos datos para que nos demos cuenta de por qué afirmamos esto. Según los datos que nos aporta Paul Kennedy, la participación relativa en la producción manufacturera mundial del orbe Occidental era de un

¹⁰⁴ TOYNBEE, A. (1957). *Estudio de la Historia*. Buenos Aires: Emecé. Vol. V, p. 74. Citado previamente en la p. 23 de la presente investigación.

28,9% en 1800, un 60,4% en 1860 y un 85% en 1900¹⁰⁵. Posteriormente, si bien hemos de utilizar un indicador distinto (aunque para el caso que nos ocupa tiene una indudable relación), nos encontramos con que el porcentaje en el producto mundial bruto se va reduciendo progresivamente a lo largo del siglo XX para esta misma zona: pasa de un 62% en 1960 a un 53,7% en 1980¹⁰⁶. Actualmente, según los datos que nos ofrece el banco de inversión Goldman Sachs, este porcentaje se hallaría en torno al un 52%¹⁰⁷; y sus previsiones no son precisamente optimistas, prediciendo un descenso al 41% en 2020 y al 32% en 2030¹⁰⁸. El gran beneficiado por la derrota de Occidente en el plano económico sería, según estos informes, China. Este país, *Estado Universal* de la Civilización del Lejano Oriente según el *Estudio de la Historia*, vio como el industrialismo y, sobre todo, las guerras que sostuvo con las potencias occidentales a lo largo del siglo XIX –las cuales prácticamente llevaron a su disolución como entidad política en una espiral de guerra civil– minaron su participación relativa en la producción manufacturera mundial de un 33,3% en 1800 a un 19,7% y, finalmente, al hundimiento definitivo en 1900 con un 6,2%¹⁰⁹. Cuando tras la Segunda Guerra Mundial consigue recomponerse por medio de la “idea prestada” del comunismo, tenía en 1960 el 3,1% del producto mundial bruto, que subiría al 4,5% en 1980¹¹⁰. Treinta años más tarde doblaría esta cifra con un 9%, convirtiéndose en la segunda economía mundial sólo por detrás de los Estados Unidos, y con unas previsiones que vaticinan un ascenso estelar: un 17% en 2020 y un 23% en 2030¹¹¹. Con este retroceso de Occidente, primero en lo político con la descolonización y después en lo económico con estos trasvases, se está limitando la influencia de nuestra civilización a las fronteras cada vez más estrechas de su influencia y se va recuperando, poco a poco, la situación existente con anterioridad al inicio de su soberbia expansión.

¹⁰⁵ Tomamos como porcentaje de participación de la Civilización Occidental en su conjunto a los datos agregados de Europa en su conjunto (28,1% en 1800, 53,2% en 1860 y 62% en 1900) y Estados Unidos (0,8% en 1800, 7,2% en 1860 y 23,6% en 1900). V. KENNEDY, P. (2005). *Auge y caída de las grandes potencias*, tercera edición. Barcelona: Debolsillo. P. 246.

¹⁰⁶ Datos agregados de la Comunidad Económica Europea (26% en 1960 y 22,5% en 1980), Estados Unidos (25,9% en 1960 y 21,5% en 1980) y otros países occidentales desarrollados (10,1% en 1960 y 9,7% en 1980). *Op. cit.*, p. 680.

¹⁰⁷ Porcentaje para el conjunto de países europeos considerados en la lista (Alemania, Francia, Reino Unido, Italia, España y Suiza; con un valor agregado del 23%), Estados Unidos (24%), Australia (2%) y Canadá (3%). V. Moe, T., Maasry, C. y Tang, R. (2010). *Goldman Sachs Global Economics Paper*, nº 204, septiembre de 2010. P. 13.

¹⁰⁸ Datos agregados del conjunto de países europeos (17% en 2020 y 12% en 2030), Estados Unidos (20% en 2020 y 17% en 2030), Australia (2% en 2020 y 1% en 2030) y Canadá (2% tanto en 2020 como en 2030). *Ibid.*

¹⁰⁹ KENNEDY, P. (2005). *Auge y caída de las grandes potencias*, tercera edición. Barcelona: Debolsillo. P. 246.

¹¹⁰ *Op. cit.*, p. 680.

¹¹¹ Moe, T., Maasry, C. y Tang, R. (2010). *Goldman Sachs Global Economics Paper*, nº 204, septiembre de 2010. P. 13.

En todo caso, de aquí nos puede surgir una pregunta: ¿por qué la Civilización Occidental no ha conseguido retener la preponderancia que tenía, aunque se limitase exclusivamente a lo económico? La respuesta es, como hemos venido esbozando a lo largo de nuestra investigación, porque la economía, e incluso la política, no pueden subsistir por sí mismas sin el armazón que les procura el elemento cultural. Según las reflexiones literales de Toynbee:

La diferencia de valor entre los tres elementos de la vida social es en verdad extrema, pues lo que hemos llamado elemento cultural de una civilización es su alma, su sangre, su tuétano, su médula, su esencia y su epítome, en tanto que el político y, a fortiori, el económico son, comparados con él, manifestaciones inesenciales y superficiales de la naturaleza de una civilización, y de los vehículos de su actividad. [...] Por lo mismo, a la sociedad que emite irradiación y a la que la recibe les es más beneficioso ganar una pulgada en el plano cultural que una milla en el político o que una legua en lo económico.¹¹²

Es innegable que la prosperidad que ha venido de la mano de la economía es innegable pero, si nos excedemos en la tasación de sus servicios, estaremos llegando a una forma de idolatría semejante a la que se profesa por la técnica –con la que se encuentra íntimamente relacionada por tener el mismo origen– o la institución política del Estado Nacional. Además, recurriendo a una cita del *Estudio de la Historia* a la que ya hicimos alusión, “la holgura es enemiga de la civilización”¹¹³; o lo que es lo mismo, es muy fácil *dormirse en los laureles* cuando se cree que se ha alcanzado el éxito y se quieren recoger sus frutos antes de tiempo.

Una idea muy similar es la que propone Émile Durkheim en su obra *El suicidio* cuando perfila el concepto de *anomia*. La anomia se podría definir como aquel estado psicológico en el que no hay una conciencia moral superior al individuo que le ponga un límite a sus aspiraciones y le indique cuál es el camino correcto a seguir. Entonces se quiere alcanzar el infinito, emprendiendo por ello una carrera desesperada y sin meta para obtener cada vez más beneficio, bienestar, placer o cualquier otra dádiva perecedera. El sociólogo francés observa, además, que este problema es más sangrante en los países ricos y en el mundo comercial e industrial, ya que la riqueza material ayuda a que se pierda la concepción de que debe haber un término para las acciones humanas. Aquí entraría en juego el concepto de *autodeterminación* de Toynbee, que vendría a ser el saber decir “basta” y orientar las energías no hacia quimeras inalcanzables sino a lograr un crecimiento

¹¹² TOYNBEE, A. (1957). *Estudio de la Historia*. Buenos Aires: Emecé. Vol. V, p. 210.

¹¹³ TOYNBEE, A. (1953). *Estudio de la Historia*. Buenos Aires: Emecé. Vol II, p. 46.

verdadero. De lo contrario la realidad perderá cada vez más su sentido y se llegará a la fatiga, el agotamiento por la incompreensión del mundo a la que se refería Weber, que, en palabras de Durkheim, “basta por sí sola para producir el desencantamiento, porque es difícil no sentir, a la larga, la inutilidad de una persecución sin término”¹¹⁴; y de esta forma, sintiendo que todo esfuerzo es en balde, “¿Cómo, en estas condiciones, no se debilitaría la voluntad de vivir?”¹¹⁵

La consecuencia de caer en esta dinámica es, como indica el título de la obra en la que se expresan estos pensamientos, el suicidio; una inmolación que en Occidente se ejecutará desde el plano demográfico. No descubrimos nada nuevo cuando afirmamos que las cargas familiares suponen un lastre para el deleite de los beneficios de la economía, lo que supone desde la lógica egoísta un incentivo para que sean lo más reducidas posible. De esta forma se llega al hundimiento de la población, cuyas cifras fácticas nos son relatadas por Huntington en los siguientes términos:

En 1900, los occidentales constituían aproximadamente el 30% de la población mundial, y sin embargo los gobiernos occidentales controlaban casi el 45% de dicha población entonces y el 48% en 1920. En 1993 [...] los gobiernos occidentales sólo gobernaban a occidentales. En esa fecha la población de Occidente constituía algo más del 13% de la humanidad y se prevé que descienda hasta el 11% a principios del próximo siglo y al 10% para el 2025. Desde el punto de vista de población total, Occidente ocupa en 1993 el cuarto lugar detrás de las civilizaciones sónica, islámica e hindú.¹¹⁶

De esta forma nos encontramos con que el cuerpo social de la Civilización Occidental, extenuado por una “fiebre del oro” hacia la que ha orientado todas sus fuerzas, se condena a la aniquilación y va desapareciendo poco a poco. Ahora bien, para mantener su nivel de crecimiento económico, acepta la incorporación en sus filas de individuos provenientes de otras sociedades. Éstos, con un sentimiento cultural mucho más fuerte, difícilmente pueden verse atraídos por la ausencia de respuestas que les ofrece Occidente para comprender el mundo y, por consiguiente, prefieren mantener su cosmovisión particular en los aspectos más íntimos y trascendentales antes de cambiarla por significados para ellos huecos. De esta manera el *corpus* espiritual de nuestra sociedad, que como hemos visto está ya bastante maltrecho, va siendo sustituido por otro distinto. De entre los dos escenarios que planteaba Toynbee para que se diese el fin de una civilización, el

¹¹⁴ DURKHEIM, E. (1994). *El suicidio*. México: Ediciones Coyoacán. P. 221.

¹¹⁵ *Ibid.*, p. 218.

¹¹⁶ HUNTINGTON, S. P. (1997). *El choque de civilizaciones*. Barcelona: Paidós. P. 98.

“Triunfo de la Barbarie y la Religión” o el de una civilización extraña, está claro que debemos decantarnos por el segundo, al no haber sobrevivido hasta el presente ninguna sociedad primitiva con la suficiente fuerza para hacer suyo el territorio de la civilización en declive. Por eso no nacería una nueva sociedad, emparentada a Occidente como hija y heredando parte de su esencia, sino que habrá una asimilación en los tejidos de otra hasta que acabe totalmente diluida.

Las previsiones del *Estudio de la Historia* muestran un marcado contraste con nuestras observaciones. Toynbee consideraba que, como mucho, se podrían haber iniciado los *Tiempos de Angustias* en el momento que escribía su obra y todavía daba oportunidades a la Civilización Occidental para que alcanzase el triunfo de ser la sociedad ecuménica para toda la humanidad. Siendo fieles a la verdad, no podemos compartir el optimismo de este autor a la luz de los hechos observados. Podría criticárnosenos, en base a la teoría del historiador inglés, que los movimientos en el interior de una civilización son lentos y difícilmente apreciables en el lapso de una generación, mientras que nosotros estamos acelerando el proceso para reducirlo a poco más de un siglo. A esto podríamos responder dos cosas. En primer lugar que los indicios del colapso ya venían de lejos, siendo retrotraibles a las Guerras de religión que se dieron en Europa a raíz de la Reforma protestante del siglo XVI que quebró la unidad cultural occidental; circunstancia que ya tuvimos oportunidad de comentar cuando identificamos como posible síntoma de ese colapso de nuestra civilización la forma en que se llevó a cabo la expansión geográfica que empezó a desarrollarse desde entonces¹¹⁷. En segundo lugar, parafraseando a José Ortega y Gasset, hemos de recordar que hay “épocas en que la realidad humana, siempre móvil, se acelera, se embala a velocidades vertiginosas”¹¹⁸. En un mundo globalizado como el nuestro los movimientos sociales pueden producirse mucho más rápido, fruto de una interconexión prodigiosa que, gracias a la estructura del Estado y los medios de comunicación, permite una transmisión más rápida y efectiva de los valores que propugnan los órganos de poder. Es, al fin y al cabo, la misma idea que ya expresamos sobre la *mímesis* o adiestramiento social, sólo que potenciando sus efectos: si se aportaban respuestas a las incitaciones, cada vez más planteadas desde un plano moral, el *Élan* de crecimiento sería espectacular, mientras que en caso contrario se acudiría más rápido a la llamada de la destrucción; y parece que nuestra Civilización Occidental ha preferido decantarse por el camino del ocaso.

¹¹⁷ V. subepígrafe 2.1. *Un primer indicio: el expansionismo geográfico de Occidente.*

¹¹⁸ ORTEGA Y GASSET, J. (2005). *La rebelión de las masas*. Madrid: Espasa Calpe. P. 39.

Conclusión

A tenor de todo lo anteriormente expuesto en esta investigación, y en base a las diferentes opiniones doctrinales en la misma estudiadas y plasmadas, llegamos a la conclusión de que hemos de contestar afirmativamente a la pregunta que nos planteábamos en la introducción: la Civilización Occidental, efectivamente, se encuentra en su declive.

Habiendo aplicado el esquema teórico del *Estudio de la Historia* al caso de Occidente descubrimos que, tras su expansionismo geográfico y sus idolatrías hacia el industrialismo y la institución del Estado nacional omnipotente, se evidencia que se había producido el colapso. De ellos se derivó la génesis de unos *Tiempos de angustias*, encarnados en los dos conflictos mundiales que desgarraron la primera mitad del siglo XX con el enfrentamiento de las potencias occidentales. A continuación, y como consecuencia de éstos, se constituyeron los *Estados universales* bajo la forma de las organizaciones internacionales de las Naciones Unidas y la Unión Europea, que vendrían a ser las soluciones imperfectas para lograr cierto grado de ecumenismo en aras de garantizar la paz sin renunciar, eso sí, al ídolo de la soberanía provinciana. Actualmente todos los elementos de análisis nos llevan a percibir que también hemos superado este periodo y, posiblemente, hayamos alcanzado el albor del *interregno*, última fase de una sociedad antes de su desaparición definitiva.

Ciertamente, de todas las civilizaciones que han existido hasta la fecha, Occidente ha sido la que se ha quedado más cerca de alcanzar el objetivo último que todas anhelan: albergar en su seno a toda la humanidad. Con su propagación universal casi había hecho suyo el triunfo definitivo pero, en el último momento y al igual que sus predecesoras, acabó precipitándose al vacío. El germen de su fracaso, la raíz del colapso social y los conflictos suicidas, estriba en un desquebrajamiento en el ámbito moral. En el momento que una sociedad renuncia a su alma, al sustrato cultural más profundo que se materializa en los significados y valores que sobre todo aporta el fenómeno religioso, se convierte en presa fácil para que opere la incertidumbre y el sentimiento de vacío. El resultado será la pérdida del liderazgo antes ostentado por la Civilización occidental en los ámbitos político y económico, mientras se va diluyendo en el crisol de sociedades que la vayan fagocitando mientras agoniza. Parece que, a diferencia de lo que era costumbre con el militar victorioso que desfilaba tras su victoria por las calles de Roma, cuando por encima

de la algarabía de vítores resonaba la advertencia del *memento mori* con el que encabezábamos el presente estudio, no hubo nadie que tuviese a bien recordarnos que éramos mortales.

Las perspectivas que se presentan a nuestra civilización para los próximos tiempos son indiscutiblemente sombrías e invitan a la desconfianza ya que, sin lugar a dudas, se halla en una encrucijada de difícil salida. No obstante ello, si hasta ahora hemos creído en la teoría de Arnold Toynbee y ésta ha demostrado ser capaz de adelantarse a los acontecimientos, tal vez debamos confiar en ella hasta las últimas consecuencias y no perder de vista un elemento que para el *Estudio de la Historia* es fundamental: el indeterminismo histórico. A pesar de que se han ido sucediendo cada una de las etapas de la desintegración y la extinción parece un hecho inminente e impostergable, ésta no tiene por qué darse ineludiblemente. Dado que las sociedades se rigen por los criterios de una minoría, puede suceder que ante la incitación suprema de enfrentarse con la destrucción se reaccione adecuadamente y, en el postrer instante, se consiga absolver a Occidente de su condena dando un golpe de timón serio y responsable, con un paso firme que deje atrás nuestras vacilaciones. No negaremos que resulta un escenario utópico e improbable, pero la lógica que hemos venido utilizando no lo proscribe. De esta forma, yendo en contra de la ley de la necesidad, podemos ser nosotros mismos los que nos enfrentemos al destino y vislumbremos así un atisbo de esperanza.

Bibliografía

Bibliografía Básica

ARENDRT, H. (2006). *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid: Alianza.

BARRAYCOA, J. (1999). *El Trabajador Inútil*. Barcelona: Scire. P 89 y s.

BARRAYCOA, J. (2002). *Sobre el poder en la modernidad y la posmodernidad*. Barcelona: Scire.

BAUMAN, Z. (2010). Discurso en la entrega del Premio Príncipe de Asturias 2010 de Comunicación y Humanidades. En Premios Príncipe de Asturias (2010). *Discurso de Zygmunt Bauman* [texto en línea]. Obtenido el 8 de diciembre de 2010 de: http://www.premiosprincipe.com /index2.php?option=com_content&do_pdf=1&id=485

BAUMAN, Z. (2010). *Tiempos líquidos*, 3ª ed. Barcelona: Tusquets.

COLÁS, A. (2009). *Imperio*. Madrid: Alianza Editorial.

DE VITORIA, F. (1975). *Relecciones sobre los indios y el derecho de guerra*, 3ª ed. Madrid: Espasa-Calpe.

DURKHEIM, E. (1986). *Las reglas del método sociológico*. Barcelona: Orbis.

DURKHEIM, E. (1994). *El suicidio*. México: Ediciones Coyoacán.

ELIADE, M. (2000). *El mito del eterno retorno*. Madrid: Alianza Editorial.

FERGUSON, N. (2007). *La Guerra del Mundo*. Barcelona: Debate.

FUKUYAMA, F. (1992). *El fin de la Historia y el último hombre*. Barcelona: Planeta.

HEGEL, G.W.F. (1999). *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*. Madrid: Alianza Editorial.

HOBBS, T. (1651). *Leviathan or The Matter, Forme and Power of a Common Wealth Ecclesiasticall and Civil*. En McMaster University. *Archive for the History of Economic Thought* [biblioteca electrónica en línea]. Obtenido el 29 de noviembre de 2010 de: <http://socserv.mcmaster.ca/~econ/ugcm/3ll3/hobbes/Leviathan.pdf>

HUNTINGTON, S. P. (1997). *El choque de civilizaciones*. Barcelona: Paidós.

KENNEDY, P. (2005). *Auge y caída de las grandes potencias*, 3ª edición. Barcelona: Debolsillo.

MOE, T., MAASRY, C. y TANG, R. (2010). *Goldman Sachs Global Economics Paper*, nº 204, septiembre de 2010. P. 13.

POPPER, K. (1962). *La lógica de la investigación científica*. Madrid: Tecnos.

SABINE, G.H. (1994). *Historia de la teoría política*, 3ª ed. México: FCE.

TOYNBEE, A. (1951). *Estudio de la Historia*. Buenos Aires: Emecé. Vol. I.

TOYNBEE, A. (1953). *Estudio de la Historia*. Buenos Aires: Emecé. Vol II.

TOYNBEE, A. (1953). *Estudio de la Historia*. Buenos Aires: Emecé. Vol. III.

TOYNBEE, A. (1953). *Estudio de la Historia*. Buenos Aires: Emecé. Vol. IV.

TOYNBEE, A. (1957). *Estudio de la Historia*. Buenos Aires: Emecé. Vol. V.

TOYNBEE, A. (1963). *Estudio de la Historia*. Buenos Aires: Emecé. Vol. XII.

WEBER, M. (1969). *El político y el científico*. Madrid: Alianza.

WEBER, M. (1987). *Economía y sociedad*. México: FCE.

Bibliografía Complementaria

ABELLÁN, V. y VILÀ, C. (2005). *Lecciones de Derecho Comunitario Europeo*. Barcelona: Ariel.

AGUSTÍN DE HIPONA (2006). *La Ciudad de Dios*. Madrid: Homo Legens.

Barreiro, V. (2008). *La guerra en el mundo antiguo*. Madrid: Almena.

Carta de las Naciones Unidas, firmada en San Francisco el 26 de Junio de 1945, Preámbulo. En Naciones Unidas. *Área de documentos* [en línea]. Obtenida el 1 de diciembre de 2010 de <http://www.un.org/es/documents/charter/preamble.shtml>

CHURCHILL, W. (1940). *Primer discurso ante la Cámara de los Comunes, el 13 de mayo de 1940*. En Churchill Centre and Museum. *Speeches of Winston Churchill: Blood, Toil, Tears and Sweat* [texto en línea]. Obtenido el 30 de Noviembre de 2010 de: <http://www.winstonchurchill.org/learn/speeches/speeches-of-winston-churchill/1940-finest-hour/92-blood-toil-tears-and-sweat>

COMELLAS, J.L. (1998). *Historia breve del mundo contemporáneo*. Madrid: Rialp.

COMELLAS, J.L. (2001). *Los grandes imperios coloniales*. Madrid: Rialp.

Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1789, artículo 6. En Consejo Constitucional de la República Francesa. *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1789* [texto en línea]. Obtenido el 5 de diciembre de 2010 de: http://www.conseil-constitutionnel.fr/conseil-constitutionnel/root/bank_mm/espagnol/es_ddhc.pdf

DIEZ DE VELASCO, M. (2003). *Instituciones de Derecho Internacional Público*, 14 ed. Madrid: Tecnos.

FERGUSON, N. (2006). *La Guerra del Mundo*, 2ª ed. Barcelona: Debate.

FREUD, S. (1996). *El malestar de la cultura*. Madrid: Alianza Editorial.

GIBBON, E. (2003). Historia de la decadencia y caída del Imperio romano, 2ª ed. Barcelona: Debolsillo.

ORTEGA Y GASSET, J. (2005). *La rebelión de las masas*. Madrid: Espasa Calpe.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (2001). *Diccionario de lengua española*, 22ª ed. Madrid: Espasa.

SPENGLER, O. (2009). *La Decadencia de Occidente*, 6ª ed. Madrid: Espasa.

THOMAS, G. y WITTS, M. (2005) *Enola Gay*. Barcelona: Ediciones B.